

60 ANIVERSARIO
PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR
DISCURSO DE SCHAFIK HÁNDAL

Schafik Hándal



INSTITUTO SCHAFIK HÁNDAL

**Discurso en el Acto de Inauguración
de la Celebración del 60 Aniversario
del Partido Comunista de El Salvador**

Schafik Hándal

Contenido

Presentación

Introducción

Los tres centros de poder en el capitalismo
y la crisis del imperialismo.....14

La distensión amenaza las bases del poderío
del imperialismo.....19

El capitalismo desarrollado margina
cada vez más el Tercer Mundo.....21

La crisis del socialismo es un «banquete con espinas»
para el capitalismo.....23

El Tercer Mundo está acumulando un huracán
revolucionario.....26

Llegó el momento de pensar con cabeza propia.....28

La crisis estructural del llamado socialismo real.....32

Quieren matar nuestra utopía:
el socialismo no ha muerto ni morirá.....35

Nuestro Partido conservará su nombre.....57

Necesidad de nuevos enfoques.....60

Sobre los resultados electorales en Nicaragua.....73

Presentación

En marzo de 1990, el Partido Comunista de El Salvador (PCS) cumplía 60 años de su fundación.¹ Para Schafik, marzo de 1990 era un momento de enorme significación histórica, en medio de complejos y contradictorios cambios mundiales. Nacionalmente se apuntaba hacia el desenlace de la larga y heroica guerra revolucionaria. Ante la crisis del «socialismo real», el imperialismo y los grandes capitalistas pusieron en marcha una ofensiva publicitaria, en particular, desde octubre de 1989, cuando se inició el llamado derrumbe del muro de Berlín. Esta era utilizada, según Schafik, para ocultar que en diciembre de ese año, el imperialismo estadounidense invadió militarmente a Panamá, provocando la muerte de centenares de panameños y graves consecuencias políticas, económicas y sociales. Asimismo, en Nicaragua, el 25 de febrero de 1990 el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) sufrió un revés electoral promovido y apoyado por el imperialismo estadounidense. Schafik consideraba que esos cambios golpearon «ideológica, teórica y políticamente a las fuerzas revolucionarias mundiales», generaron confusión y demandaron análisis profundo de sus causas y consecuencias para mirar el futuro con un nuevo enfoque y objetividad.

En la última década del siglo XX, según Schafik, el capitalismo mundial sufría reestructuraciones de las relaciones económicas, con lentitud pero con cambios en las correlaciones mundiales de fuerzas, y con mayores potencialidades revolucionarias para el Tercer Mundo, lo cual exigía sujetos políticos y partidos revolucionarios creativos y capaces de «conducir las luchas de los pueblos hacia victorias revolucionarias».

¹ La fundación del PCS ocurrió el 30 de marzo de 1930 en un momento de ascenso de una situación revolucionaria. El PCS se colocó a la conducción de la insurrección popular cuyo desenlace ocurrió entre el 22 y 26 de enero de 1932.

A menos de dos años de su fundación en marzo de 1930, el PCS se incorporó a la heroica insurrección del pueblo salvadoreño del 22 de enero de 1932. Años más tarde participaría en las jornadas revolucionarias e insurreccionales de 1944 y 1960, en las grandes batallas populares democráticas de 1972, 1977, 1978, 1979, y en la heroica Guerra Popular Revolucionaria iniciada por el FMLN en 1980. Schafik subrayó que el PCS había sido incansable luchador junto al pueblo por la democracia, particularmente, durante diez años de luchas electorales (1967-1977), y que también participó sin descanso en las luchas sindicales y sociales por la liberación social.

El PCS, en el siglo XX, fue la fuerza revolucionaria más antigua de El Salvador, sometida a persecución y represión por las dictaduras militares. Aunque fue diezmada brutalmente, siempre mantuvo su «profunda y poderosa inspiración en el ideal del socialismo», inspirando su lucha por la democracia y la justicia social, con el enfoque de siempre, de tránsito hacia el socialismo; y con virajes de estrategias y tácticas, sin dogmas, objetivamente conforme a los retos y desafíos de la historia y el futuro. Schafik afirmó que los retos y desafíos eran más difíciles debido al maltrato sufrido por el ideal socialista, la confusión, los vacíos y otros daños políticos e ideológicos ocasionados por la profunda crisis de un modelo de socialismo sin democracia. El imperialismo, y todos los enemigos de la revolución en el mundo, trataron de despojar a los pueblos y a los revolucionarios del ideal del socialismo, intentando, además, inocular la falsa idea de que las revoluciones habían dejado de ser viables y que los pueblos del mundo debían aceptar al capitalismo como la última estación, o estación terminal, de la historia del desarrollo de la humanidad y perfeccionarlo.

En aquel momento histórico a los revolucionarios les resultó difícil ponerse de acuerdo sobre lo que era la revolución y mucho más difícil aún coincidir en qué consistía el socialismo. Para Schafik, se trataba de una situación extraordinariamente compleja. Por eso, la Comisión Política del PCS decidió que la jornada conmemorativa de su

60 aniversario pusiera en marcha un esfuerzo renovador y reafirmador de sus principios y objetivos revolucionarios, de cara al palpitante y cambiante presente y futuro. Si había que mirar al pasado, afirmaba Schafik, que fuera solo para extraer de él firmeza, reafirmación del carácter revolucionario del proceso en marcha hacia el futuro, así como de la convicción de que los virajes son necesarios para el avance de la lucha del Partido y cada uno de sus miembros, a fin de cumplir la misión de progreso social y contribuir junto al pueblo a convertir en realidad sus anhelos liberadores y libertarios. La Comisión Política del PCS consideró que solo era posible responder al reto de la renovación a condición de que todos sus miembros participaran en el análisis de la realidad, como genuino ejercicio democrático y sin entorpecer la lucha revolucionaria, sin detenerla, ni debilitarla en su práctica transformadora. En estos y otros aspectos de mucha importancia expuestos en la parte introductoria de su exposición, Schafik afirmó que en el capitalismo global nacía la disputa por la hegemonía de la economía entre tres centros de poder en el capitalismo mundial y que el imperialismo sufría una crisis en el campo económico, aunque en el terreno militar ejercía la monopolaridad por el derrumbe del socialismo. Como parte de los contenidos de su exposición, para Schafik, la distensión militar generada por la crisis del socialismo significaba una amenaza a las «bases del poderío del imperialismo». Al mismo tiempo, Schafik afirmó que la crisis socialista, en aquel momento, constituía un banquete con espinas para el imperialismo; es decir que ello podía conducir a consecuencias imprevisibles.

Schafik analiza profundamente la crisis estructural del socialismo y demuestra que ni el imperialismo, ni los grandes capitalistas globales y del país, matarán nuestra utopía del socialismo, que no había muerto ni moriría jamás. Además, el escenario de las revoluciones sociales y políticas que desde comienzos del siglo XX se denominó países del Tercer Mundo, países capitalistas atrasados, explotados, etc. acumula «un huracán revolucionario». La opinión de Schafik es que en la nueva situación histórica, mirando

hacia el futuro, los revolucionarios son desafiados por la necesidad de nuevos enfoques y el reto vigente de «pensar con cabeza propia rechazando el eurocentrismo». Schafik tuvo que describir el significado del revés electoral sufrido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, el 25 de febrero de 1990, porque el imperialismo utilizó negativamente tal resultado para bloquear el compromiso, incluyendo al Secretario General de la ONU, de firmar el Pacto de Ginebra, el cuatro de abril de 1990, para el inicio de los acuerdos políticos entre el FMLN y el Gobierno salvadoreño, con la ONU en calidad de testigo, para negociar la finalización de la guerra. Schafik describe los mencionados resultados electorales y sostiene que el FSLN era un partido político revolucionario muy fuerte y que el proceso revolucionario continuaría en marcha a pesar de los esfuerzos en sentido contrario del imperialismo.

Instituto Schafik Hándal

Introducción

Compañeros y Compañeras:

Reciban un saludo en esta ocasión en que celebramos el 60 Aniversario de la fundación del Partido Comunista de El Salvador. Esta jornada tiene para nosotros una enorme significación histórica, de cara al presente y al futuro de nuestra lucha, que se desarrolla en medio de complejos y contradictorios cambios mundiales, y en una coyuntura nacional que apunta hacia el desenlace de nuestra larga y heroica lucha revolucionaria.

Los cambios más espectaculares y veloces son los originados por la crisis del socialismo en Europa Oriental desde octubre de 1989, precedidos algunos meses antes por el frustrado estallido de la Plaza Tiananmén en Pekín, y por el complicado y crucial proceso de la Perestroika soviética iniciado en 1985. A estos cambios veloces en Europa, aunque con signo distinto, hay que sumarle la invasión, en diciembre de 1989, de Estados Unidos a Panamá y sus resultados, y el revés sufrido en las elecciones generales del 25 de febrero de 1990 por la Revolución Popular Sandinista. Todos estos cambios golpean ideológica, teórica y políticamente a las fuerzas revolucionarias mundiales, generan mucha confusión y demandan un análisis profundo de sus causas y consecuencias. Imponen mirar hacia el futuro con un nuevo enfoque, con luz y pensamientos frescos y creadores, lo cual pasa necesariamente por el análisis sereno y objetivo de la actualidad, por definiciones, redefiniciones y toma de posición.

Pero estos no son los únicos cambios que tienen lugar en el mundo actual. Otros, como la reestructuración de las relaciones económicas y políticas en el mundo capitalista, que por ahora son más lentos y menos visibles, tienden a modificar la correlación de fuerzas mundiales

y cargan con mayores potencialidades revolucionarias al Tercer Mundo. Este convulso y vibrante mundo de la última década del siglo XX demanda vanguardias creativas, innovadoras, liberadas de visiones dogmáticas, combativas, capaces de orientarse correctamente en esta situación sumamente compleja, en este mundo interdependiente y contradictorio de nuestros días, y de conducir las luchas de los pueblos a victorias revolucionarias de un tipo nuevo, que jalonarán a la humanidad hacia un estado superior de su desarrollo durante el siglo XXI, acercándola, para decirlo en las palabras de Carlos Marx, «hacia el final de la prehistoria», y a su ingreso en la historia, libre de la explotación del hombre por el hombre, de la opresión de unas naciones por otras, con individuos y pueblos cada vez más libres, sin hambre y sin atraso, con una democracia que se profundice y desarrolle sin límites de ningún género. Nuestro Partido, asume decididamente este reto de interpretación del mundo actual, y la necesidad de su autorenovación.

El PCS surgió a la vida hace 60 años, con sus venas abiertas hacia los combativos y bravos trabajadores, estudiantes e intelectuales que ya forjaban las gruesas filas avanzadas del pueblo salvadoreño. De ellas tomó su sangre, y con su sangre se fundió en la heroica insurrección del 22 de enero de 1932, en las memorables jornadas revolucionarias insurreccionales de 1944, de 1960, en las grandes batallas populares democráticas de 1977, 1978, 1979 y, en la actualidad, en la extraordinariamente heroica Guerra Popular Revolucionaria que libramos desde 1980. Durante toda su existencia nuestro Partido Comunista ha sido combatiente incansable por la democracia, luchador inseparable del pueblo, ya sea alzado en la insurrección, o luchando en la arena electoral, o combatiendo en la lucha sindical, o combatiendo sin tregua en la guerra larga por la causa de la libertad y de la liberación social. El PCS en el siglo XX es la fuerza revolucionaria más antigua de nuestro país, a pesar de haber sido sometida a persecución y represión y de ser diezmada brutalmente siempre resurge vital, por tres razones fundamentales y decisivas:

1. Porque surgió y ha vivido bajo la profunda y poderosa inspiración del ideal del socialismo.
2. Porque sus raíces nacen en el pueblo y ha combatido fielmente junto a él por la vital causa de la democracia y la justicia social en nuestro país, enfocándola siempre, como arranque y tránsito de la marcha hacia el socialismo.
3. Porque cada vez que el curso de la historia nos demandó realizar virajes en nuestras concepciones, en nuestra estrategia y táctica, logramos realizarlos, actualizarlos, romper dogmas y hábitos, y ser creativos, aunque en ocasiones con retardo y dramatismo.

Hoy el PCS está de nuevo ante el reto de romper y abandonar dogmas, y ser capaz de aplicar su creatividad e innovación revolucionarias. Este es incomparablemente mayor y más difícil que todos los anteriores a lo largo de nuestros 60 años de vida, porque el ideal socialista ha sido maltratado. Su crisis ha generado confusión y vacíos en la teoría, ha acarreado descomposición a la ideología. Esta se configuró bajo la influencia de errores, dogmas, estilos políticos y, sobre todo, bajo la influencia corruptora de un modelo de socialismo sin democracia. El imperialismo y todos los enemigos del socialismo y de la revolución en el mundo se han lanzado a servirse de este festín de la crisis del socialismo, en su más gigantesco e intenso esfuerzo por despojar a los pueblos y a los revolucionarios del ideal del socialismo. Quieren incluso inocularnos la perversa idea de que las revoluciones de aquí en adelante dejaron de ser viables, que debemos aceptar el sistema capitalista, insertarnos en él y solo perfeccionarlo. Ahora incluso para los revolucionarios resulta difícil ponernos de acuerdo sobre lo que es la revolución, sobre lo que es victoria revolucionaria, y mucho más difícil resulta ahora coincidir sobre lo que es el socialismo.

En estas condiciones extraordinariamente complejas, complicadas y confusas, es necesario que nos orientemos, que realicemos las indispensables e ineludibles redefiniciones, cambios conceptuales, ideológicos y políticos, que

asumamos posiciones y reforcemos nuestra lucha revolucionaria por la democracia y el socialismo, cuya esencia es democrática y social liberadora. La Comisión Política del Comité Central decidió por eso en la jornada conmemorativa del 60 aniversario del PCS poner en marcha este esfuerzo renovador y reafirmador. Por eso esta jornada conmemorativa no está de cara al pasado, sino al palpitante y cambiante presente y futuro. Si hemos de mirar al pasado, que sea solo para extraer de él firmeza, reafirmación de nuestro carácter revolucionario, de nuestra convicción de que los virajes son necesarios en la vida de nuestro Partido, para que este y cada uno de sus miembros podamos cumplir nuestra misión de progreso social y contribuir junto al pueblo a convertir en realidad sus anhelos liberadores y libertarios.

La Comisión Política considera que solo podemos triunfar en este reto de nuestra renovación, a condición de que participemos todos los militantes en el esfuerzo de análisis de la realidad actual, de creación de la concepción y la política de nuestro Partido. Se necesita toda esta capacidad. Este esfuerzo debe ser un genuino ejercicio democrático. Realicemos esta discusión y elaboración sin entorpecer la lucha, sin detenerla, ni afectarla. Debemos, con la mayor inteligencia que seamos capaces, combinar la discusión elaboradora y la lucha revolucionaria, práctica, transformadora.

Los tres centros de poder en el capitalismo y la crisis del imperialismo

Pasaré a exponer algunos análisis, planteamientos e ideas, lanzándolos a la discusión del Partido, a manera de iniciar y promover el debate. No son tesis que consideremos acabadas, y menos aún, inmodificables. Tampoco creemos que, fuera de los temas que abarcaré, no haya otros que deban ser discutidos. Comenzaré por intentar hacer un análisis de los cambios mundiales aunque sea en sus aspectos más gruesos, aquellos que tienen más relación

con los destinos del socialismo y de nuestra Revolución. Al hablar del marco internacional, que es el primer tema al que vamos a referirnos, quiero abordarlo y comenzar, deliberadamente, no por la crisis del socialismo, que es ahora lo más noticioso e impactante, sino por la crisis del imperialismo, la compleja situación de América Latina y del Tercer Mundo en general, y sus perspectivas. Comenzar por esta temática tiene el propósito de no hacerle el juego a la enorme campaña confusionista del imperialismo, que trata de encubrir la realidad de la crisis del capitalismo y vendernos, sin que nos demos cuenta, la idea de que debemos buscar las alternativas de solución a los problemas del Tercer Mundo dentro del capitalismo, la idea de que ya no hay posibilidades de triunfo del socialismo, que eso está enterrado y debemos aceptar al capitalismo e insertarnos en él. No me propongo, desde luego, hacer un análisis exhaustivo, sino referirme solo a las líneas gruesas de la situación en el campo del capitalismo mundial y en particular del imperialismo norteamericano.

Lo primero que salta a la vista es que el mundo capitalista se ha vuelto multipolar. Hay tres centros del capitalismo mundial y no uno solo. Estados Unidos y Canadá forman un centro, el más tradicional, el más dominante hasta hace poco. Japón y los países del Sudeste Asiático, con una gran influencia de Japón, especialmente sobre los así llamados «Dragones del Pacífico» (Taiwán, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong), forman otro centro. El tercero es constituido por Europa Occidental, que se ha venido integrando en una Comunidad Económica cada vez más fuerte y con mayor peso. Entre estos tres centros del capitalismo mundial desarrollado está entablada una verdadera «guerra económica», no militar, apoyada en un vertiginoso proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, en los grandes logros científico-técnicos, especialmente a partir de la segunda mitad de este siglo. En el transcurso de esa lucha, ha cambiado notablemente la correlación de fuerzas entre esos tres centros del capitalismo mundial. Estados Unidos ya no es el acreedor principal ni el país más rico del mundo; no es el Estado más desarrollado en el

sentido económico. De principal acreedor que era, ha pasado a ser el principal deudor. Tiene la deuda externa más grande en el mundo. Japón, en el terreno militar, no tiene mayor peso, su riqueza principal se basa en su desarrollo tecnológico muy avanzado. También Europa Occidental, en cuanto a riqueza, está muy próxima a sobrepasar los parámetros norteamericanos y ya lo ha logrado en la esfera de la tecnología productiva industrial.

Aunque Estados Unidos ha dejado de ser el país más poderoso económicamente, lo sigue siendo militarmente. Después de la Segunda Guerra Mundial, tanto Japón como Europa quedaron al margen de la carrera armamentista. A los países vencidos, como Japón y Alemania, por muchos años les fue prohibido el desarrollo de la carrera armamentista, así como la construcción de un ejército. A la larga, esto que fue desventaja en aquel momento, se transformó en una gran ventaja. Al no tener la carga de la carrera militar, estos países capitalistas tuvieron más posibilidades de desarrollo económico que Estados Unidos y la URSS, enfrascados en la gran carrera armamentista. Debido a esto los dos a través de una mecánica diferente resultaron afectados y retrasados económicamente.

Para Estados Unidos el origen de su enorme deuda, de su gran déficit fiscal y comercial con el resto del mundo, especialmente con Japón y Europa Occidental, está vinculado con la carrera armamentista. Desde fines de 1987 Estados Unidos viene haciendo grandes esfuerzos para impedir que se desate una crisis económica que recorte sus posibilidades para entrar, en todos los aspectos, en la competencia política y económica con los otros centros del desarrollo capitalista. La crisis de Europa Oriental, por ejemplo, le ha abierto a Europa Occidental la gran oportunidad y posibilidad de hacer enormes inversiones en estos países socialistas en crisis, obtener de allí estímulos para el desarrollo de su economía y aumentar así su peso e influencia política. También para Japón se abren grandes posibilidades, tanto de cara a Asia Soviética como a Europa Oriental. Para Estados Unidos resulta difícil disponer de suficientes recursos para entrar en esa competencia,

en la disputa de la Europa Oriental. Esta situación limita sus posibilidades para mantener bajo su control a América Latina y a otras áreas del Tercer Mundo. Entre Estados Unidos y América Latina existen vínculos muy antiguos. Lo que pasa en América Latina impacta mucho dentro de Estados Unidos. Se trata de una relación especial, distinta a la existente entre otras regiones del Tercer Mundo y el capitalismo desarrollado. Lo que sucede en África y Asia impacta en Japón y en Europa Occidental pero de distinta manera. Un ejemplo de esto es el conflicto centroamericano. Esta es una pequeña región. Económicamente no tiene un peso importante para Estados Unidos. Sin embargo, el conflicto en El Salvador se ha mantenido en el centro de la política exterior de Estados Unidos a lo largo de 10 años.

Más todavía, han tenido que invertir en El Salvador para impedir el triunfo revolucionario. Según los datos que argumentan los congresistas en el debate que tienen planteado sobre la ayuda a El Salvador, más de 4 mil millones de dólares, hasta ahora fueron invertidos inútilmente. Esa suma es superior a lo que el imperialismo le sacó económicamente al país a lo largo de nuestra historia. Por lo tanto no puede interpretarse ni explicarse solo desde el punto de vista económico. Se trata en el fondo, de que las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, y al revés, tienen un significado estratégico para la estabilidad misma del imperialismo norteamericano y su propia posición en el mundo, según lo dicen sus propios estrategas. Si la problemática en América Latina se le complica mucho más al imperialismo, Estados Unidos tendría que replegar sus fuerzas de una gran parte del mundo para poder mantener su control sobre América Latina; al hacerlo dejaría de ser superpotencia mundial.

A Estados Unidos su relación con América Latina le aporta además otros problemas de una gran profundidad. Cada día crece el flujo migratorio, el gran desplazamiento de población que llega ilegalmente a Estados Unidos desde América Latina como consecuencia de la crisis estructural latinoamericana, de la cual es responsable el imperialismo norteamericano y que ahora se les revierte cada vez

más voluminosamente, creándoles un impacto social, económico, tecnológico y político. Esta población emigrante que en los primeros tiempos era una medida importante, estaba formada por obreros más o menos calificados, por profesionales y técnicos. Ahora representa una masa cada vez más atrasada, que procede más del campo que de la ciudad; eso significa una rémora, un anclamiento para los esfuerzos de desarrollar la tecnología propia, así como las fuerzas productivas en Estados Unidos. Mientras que en otros centros del desarrollo capitalista, éstas toman velocidad.

Esas masas que se desplazan hacia Estados Unidos significan un problema político porque son inquietas, políticamente motivadas, han salido y salen cada vez en mayor proporción, como consecuencia de las luchas políticas, de la represión y no solo a causa del hambre. Ellos llevan sus inquietudes a Estados Unidos, desestabilizan el dominio del gran capital norteamericano en su propio territorio, tienden a desestabilizar, inquietar y despertar la lucha general dentro del mismo Estados Unidos. Éste es un problema enorme, imparable. Otro problema de las relaciones entre América Latina y Estados Unidos es el gran y creciente flujo del narcotráfico, que va desde América Latina hacia Estados Unidos. Ésta es otra consecuencia de la crisis estructural en que ha sumido Estados Unidos a América Latina. El narcotráfico no es un problema puramente moral ni puramente delincencial. Está originado en la estrangulación de los ingresos de divisas que el imperialismo le ha impuesto a los países de América Latina con la tremenda carga de la deuda externa que asfixia toda la posibilidad de recursos en divisas y monedas convertibles en las cantidades que América Latina necesita para su desarrollo.

El narcotráfico ha venido a tratar de llenar ese vacío y oxigenar esa situación que, junto a una serie de actividades comerciales delincuenciales, golpea principalmente al mismo Estados Unidos, llevándole elementos de crisis social, moral, política y económica.

Como consecuencia de la crisis estructural, del peso tremendo y creciente de la deuda externa, en los países de

América Latina se acumula una explosividad social, que revienta de distintas maneras: surgen movimientos revolucionarios insurgentes, existen, y aunque tengan o no éxitos constituyen un problema frente al cual el imperialismo debe responder; explota la crisis como sucedió en las calles de Caracas o de Buenos Aires cuando las masas se lanzaron a saquear los supermercados, convirtiendo esos estallidos sociales en enfrentamientos políticos de grandes proporciones o desestabilizadores de esos países. Para Estados Unidos, y en general para los países capitalistas desarrollados, América Latina y el Tercer Mundo, tienen una importancia económica cada vez más pequeña, más marginal. Pero al mismo tiempo crece su importancia como factor de desestabilización de ese mundo desarrollado.

La distensión amenaza las bases del poderío del imperialismo

Los cambios en términos de la distensión militar que ha traído la Perestroika le plantean a Estados Unidos un nuevo y agudo problema porque virtualmente su enemigo está desapareciendo. Los acuerdos de desarme, la reducción del volumen y el retiro gradual pero rápido de las tropas soviéticas de Europa y el proceso de desintegración del Tratado «Pacto de Varsovia», tienen su significado para el socialismo, pero también impactan en el capitalismo, no solo de manera positiva. Los teóricos y estrategias de Estados Unidos están discutiendo este tema urgentemente. Sienten inmediata la amenaza de dejar de ser superpotencia. Hace un momento expliqué que Estados Unidos era superpotencia, no por su economía, sino por su poderío militar. Justamente por eso la distensión es un peligro a su poderío militar: los europeos occidentales están presionando para reducir la presencia de las tropas, no solo soviéticas, sino también norteamericanas. Al profundizarse este proceso de distensión, la tendencia será quitarle la justificación al despliegue de las fuerzas y medios militares de Estados Unidos en el mundo. Tendrá que replegarlos y, al hacerlo,

su influencia quedará librada exclusivamente a su debilitado poderío económico. Lo que ahora le da dominio político global es su poderío y su presencia militar. Esta situación ha abierto un debate y una crisis para Estados Unidos que viene a agravar sus desventajas en relación con los otros centros del desarrollo capitalista, para compartir el «banquete» de Europa.

Esta es una realidad que se va haciendo presente y no es fácil resolverla. En Estados Unidos, lo mismo que en la URSS, la carrera armamentista creó un gran sector de la economía ligado al desarrollo militar, que llegó a ser el sector dominante y determinante en la política de Estados Unidos. Al perder peso la economía de guerra, su readecuación no es fácil. Pasa por un enfrentamiento entre distintos centros de poder en Estados Unidos. Ya empezaron a aparecer algunas tesis. El expresidente Richard Nixon, por ejemplo, que es un teórico del complejo militar industrial de Estados Unidos, al cual ha estado vinculado su pensamiento y su posición política, ha lanzado la tesis de que, al final de este siglo, en 1999 empezará la década de la victoria sin guerra sobre el socialismo, sobre la URSS. Agrega, que para esto es necesario que Estados Unidos mantenga su influencia en el mundo, y para eso es indispensable mantener la superioridad militar. Este planteamiento choca con la tendencia del repliegue militar.

Entonces, Richard Nixon lo resuelve teóricamente: «habrá que comenzar el esfuerzo en la fabricación de armas de tecnología sofisticada, capaces de ejercer el poder, sin necesidad de tropas, ni bases militares de Estados Unidos en otras partes del mundo». Él se está refiriendo a las armas espaciales, a las llamadas armas de la Guerra de las Galaxias, para mantener a toda costa el predominio del sector militar de la academia de Estados Unidos, y conservar la supremacía militar sobre el socialismo y el mundo. Parece que no habla en vano, pues en estos momentos Estados Unidos ha lanzado al cosmos una nave que está vinculada a las pruebas de estas armas modernas. Otros sectores relacionados con la economía civil de Estados Unidos tienen, por supuesto, sus intereses de poder. Hay

debate en torno a esta problemática crucial al interior de Estados Unidos.

El capitalismo desarrollado margina cada vez más al Tercer Mundo

A nosotros nos interesa sacar las conclusiones para saber en qué términos influye todo esto en el proceso revolucionario latinoamericano y del Tercer Mundo en general, cuya situación es explosiva. Los tres centros del capitalismo mundial tienen sus ojos puestos en Europa Oriental y la tendencia es marginar cada vez más al Tercer Mundo, y en nuestro caso a Centroamérica. La ayuda que actualmente dedica el mundo capitalista desarrollado al avance del Tercer Mundo, es apenas de un 1% del Producto Interno Bruto, y tiende a reducirse aún más. El Congreso de Estados Unidos disminuyó la ayuda exterior y seguirá reduciéndola para tener recursos con que ir al «banquete» de Europa Oriental. Debe hacerlo a la carrera y, siempre que hace un esfuerzo en esa dirección, nos marginan más creando una situación explosiva en América Latina. Ahora bien, los estrategas norteamericanos han tratado de salir al encuentro de esta gran contradicción.

Por un lado necesitan meterse en Europa del Este y, por otro, precisan estabilidad, la cual está amenazada por la crisis de América Latina. Tratan de resolver ese problema impulsando lo que ellos llaman democratización en América Latina. Bajo esta política de procesos electorales ha surgido una serie de gobiernos democráticos que desplazaron las dictaduras militares; pero muy pronto se han desgastado ante la tremenda problemática política, social y económica que hay en sus países. La vida demuestra que no basta hacer elecciones. Las elecciones no resuelven. No tenemos que ir muy lejos para obtener ejemplos.

Es el caso de nuestro país, donde ha habido elecciones pero no han resuelto los problemas. El Salvador podría ser una vitrina de esa política, no solo porque haya habido elecciones, sino porque han invertido más de 4 mil mi-

lones de dólares durante estos 10 años. En ningún otro país de América Latina han hecho semejante inversión, ni siquiera en Brasil, que es el país más grande de la región. No obstante, los problemas no se resuelven. Es decir, que El Salvador podría ser el caso óptimo, deseable para esa política, en la que se une una estrategia política de democratización, con un esfuerzo económico voluminoso y, sin embargo, no ha resultado eficaz.

Los problemas de los países más grandes de América Latina se están agravando. El futuro de América Latina no es el de la inviabilidad de la revolución, como nos dicen ahora, ni que la revolución no es posible, como sostiene la propaganda del imperialismo basándose en el argumento de la crisis del socialismo. Todo lo contrario, la tendencia en América Latina es al incremento del enfrentamiento político con el imperialismo y al aumento del proceso revolucionario el cual tendrá formas variadas.

En Brasil, por ejemplo, hace poco estuvo a punto de ganar las elecciones el Partido de los Trabajadores dirigido por Luiz Inácio Lula da Silva, encabezando a un enorme agrupamiento de fuerzas sociales, religiosas y políticas. El gobierno de Collor de Mello no podrá estabilizar a ese país con unos cuantos miles de millones de dólares. Tiene una deuda externa de más de 110 mil millones de dólares. Solo de intereses paga no menos de 15 mil millones de dólares al año, sin que se reduzca la deuda. No hay que dejarse confundir. Ahora nos quieren desarmar ideológica y políticamente. No solo pretenden meternos en la cabeza la idea de que la meta del desarrollo no es el socialismo, que la única alternativa para nuestros pueblos es el capitalismo, sino también quieren hacernos creer que la revolución ya no es posible, no es viable, que estamos en una causa sin futuro. Eso no es cierto. El capitalismo no puede ser la alternativa para resolver la situación del Tercer Mundo, ni de América Latina en particular, porque el capitalismo es la causa de todas sus desgracias y problemas.

El único sistema que conoce América Latina, exceptuando Cuba por supuesto, es el capitalismo dependiente, y para estos países no puede haber otro capitalismo que no

sea ese. En América Latina y en el Tercer Mundo no hay espacio para que surja un capitalismo desarrollado. Es imposible que se constituya otro polo mundial además de aquellos tres que ya existen. Se necesita partir de la premisa de que eso no puede ser posible ni tecnológica ni económicamente. Al revés, cualquier posibilidad de alternativa y desarrollo para el Tercer Mundo tiene a su base la negación del capitalismo y una marcha en dirección distinta a la de él, y no puede tener otro rumbo que no sea el del socialismo. Es clave entender esto para orientarnos, para no dejarnos confundir por el imperialismo.

Más adelante hablaremos acerca del socialismo, lo que ha sido, lo que es y lo que pensamos que debe ser. Ahora nos referiremos a él en términos generales. Como el socialismo está en crisis, pareciera que ya no es alternativa de desarrollo y que solo puede existir ese modelo de socialismo en crisis. De ahí viene la trampa ideológica en que el imperialismo y todos los enemigos de la revolución se esfuerzan en hacernos caer. Es necesario que nos orientemos frente a esa situación pero no a partir de un principio sagrado y de fe. Eso ya no sirve. Es indispensable para entender que el mundo en que estamos, no es el mismo sobre el cual se elaboraron las teorías, las tesis, en que nos educamos. El mundo ha cambiado mucho, y es necesario entender cómo funciona hoy.

La crisis del socialismo es un «banquete con espinas» para el capitalismo

He hablado de los EEUU en relación con el proceso del desarme que ha traído la Perestroika, y la crisis en Europa Oriental. Quisiera decir algo sobre la relación entre esta crisis y Europa Occidental y la situación estratégica del capitalismo mundial.

La crisis en la República Democrática Alemana (RDA) se diferencia de la crisis en otros países socialistas por un aspecto que resulta ser de un impacto cada vez más preocupante para todo el mundo capitalista, en primer lugar para

los europeos, porque la RDA está constituida en una fracción de lo que era Alemania. En otros países el desarrollo de sus crisis se irá desarrollando dentro de sus mismas fronteras. No dejarán de ser países: Polonia no dejará de ser Polonia, Hungría seguirá siendo Hungría, Checoslovaquia seguirá siendo Checoslovaquia... En cambio, la tendencia de la RDA es ser absorbida por la República Federal Alemana (RFA). Esa absorción no significa solo una amenaza para el socialismo de la RDA, implica el surgimiento de un Estado con gran poderío. Frente a esa posibilidad han surgido preocupaciones de los franceses, polacos, norteamericanos y de los mismos soviéticos. La alternativa de la reunificación de las Alemanias se ha convertido ya en un problema mundial. Alemania originó las dos grandes guerras de este siglo. El revanchismo alemán tiene raíces profundas. El movimiento neofascista, es decir, el renacimiento del fascismo tiene lugar ahora mismo en Alemania, incluso en la RDA. Eso pone en peligro la estabilidad de Europa y del mundo. Además, la RDA no es un país atrasado. La Alemania Federal no va a cargar con el peso de hacer un gran esfuerzo para desarrollarla. La RDA es uno de los primeros 10 países más desarrollados en el mundo desde el punto de vista económico. Tiene una gran infraestructura, una industria fuerte, una clase obrera tecnificada, muy calificada. La crisis en Alemania Oriental no se originó en la problemática económica, sino en el problema de la falta de democracia. Esto está claro para los analistas del mundo occidental. La reunificación no va a retrasar a Alemania Federal, sino que va fortalecer el conjunto de Alemania, tanto económica como políticamente, y le dará paso a un cambio en la correlación de fuerzas en Europa que puede conducir a consecuencias mundiales imprevisibles. Es decir, que el «banquete» de Europa Central tiene un montón de espinas, es como un banquete de pescado y otros platos sabrosos que tienen «hormigas bravas». Las hormigas bravas y las espinas tienen que ver con el hecho de que el socialismo no ha terminado. Estructuralmente esas sociedades siguen siendo sociedades socialistas, las masas están vinculadas a ello, de manera que de eso derivan ventajas.

Los alemanes de la RDA que viajan a Berlín Occidental se deslumbran con muchas luces y vitrinas, pero inmediatamente empiezan a darse cuenta, primero, de los precios, segundo, de que los precios no son estables, tercero, de que no existen las ventajas que ellos tienen en el terreno social en su país, donde por ejemplo, la ropa para niños ha estado subvencionada durante mucho tiempo y por eso es muy barata, a tal punto que los alemanes federales van a la RDA a hacer enormes compras de ropa de niños para venderla en Alemania Federal, hasta por cinco o diez veces más de su precio porque es ropa de buena calidad y bonitos diseños. En la RDA, la educación, la asistencia médica, la salud son gratuitas y están bastante desarrolladas, el alquiler de las viviendas no tiene un gran peso sobre los ingresos, es un porcentaje reducido, no pasa del 5% o 6%, con teléfono, gas para cocinar, calefacción durante el invierno, electricidad, agua caliente y fría. La población de la RDA no quiere deshacerse de esas ventajas. En cambio, en Alemania Federal el alquiler tiene un peso del 30% de los ingresos. Ocurre un fenómeno interesante. En las discusiones con el gobierno de Alemania Federal, con Helmut Kohl, además del comunista Hans Modrow, que es el primer ministro, están participando representantes de otros partidos que han surgido y estos se ponen más agresivos contra Kohl que el propio Modrow. Por ejemplo, el acuerdo de Unión Monetaria, que era el primer paso a dar para engullir a la RDA, no se firmó porque se opusieron los representantes de estos partidos nuevos.

Es decir, pensar que el socialismo ya murió es una mentira. Si un país capitalista se traga a otro que estructuralmente sigue siendo socialista, se van a generar tremendos problemas internos. Podríamos hablar de Polonia o de Hungría que son los casos más claros de retorno al capitalismo. El proceso de Hungría es más largo. Viene desde mucho antes de la Perestroika y necesita un análisis especial. No tiene que ver con los acontecimientos que se han producido desde finales de 1989, ni desde la Perestroika. Es un proceso viejo, relacionado con el hecho de que dentro del partido húngaro llegó a predominar una

fracción antisocialista que, deliberadamente, a lo largo de muchos años ha venido desmontando el poder socialista, privatizando la economía y comprometiéndola cada vez más profundamente con los países capitalistas. Por eso no debe extrañarnos que el gobierno de Hungría haya solicitado su ingreso a la OTAN, saliéndose del Pacto de Varsovia, pasándose literalmente al enemigo. En Polonia, con todo y los riesgos que representa para el socialismo, lo que ha estado ocurriendo es distinto.

El Tercer Mundo está acumulando un huracán revolucionario

Ahora bien, para los revolucionarios, el análisis de las relaciones entre el Tercer Mundo y el mundo capitalista desarrollado de un lado, y entre el Tercer Mundo y el mundo socialista de otro, debe merecer atención especial. En realidad, la posibilidad de elaborar creativamente una línea revolucionaria y una perspectiva socialista renovada está más en el Tercer Mundo que en ninguna otra parte. El Tercer Mundo constituye más de los dos tercios de la humanidad y no se puede marginar, a los dos tercios de la humanidad, sin consecuencias políticas. El mundo capitalista es cada vez más autosuficiente. Necesita menos materias primas, ya no requiere la producción agrícola del Tercer Mundo. Ahora tiene su propia agricultura muy desarrollada y compite con los productos de los países subdesarrollados, arrinconándolos a una situación de desventaja en el mercado mundial. Como resultado del importante producto de la revolución científico técnica, los países capitalistas desarrollados compran menos minerales y otras materias primas del Tercer Mundo. Muchas de éstas que se obtenían directamente de la naturaleza, ahora son productos de su industria que sirven de materia prima para otras industrias.

La distancia del desarrollo entre el mundo desarrollado capitalista y el Tercer Mundo cada día es mayor. No van al encuentro, al revés, se distancian cada vez más, de manera

que la posibilidad de enchufar los intereses económicos del Tercer Mundo con los del capitalismo desarrollado es cada vez más difícil. En lugar de acercamiento, de convergencia de los intereses económicos, se da una marginación, la cual no puede pasar sin consecuencias. En el Tercer Mundo se está acumulando una gran explosión, un poderoso huracán revolucionario, porque no hay otra posibilidad de solución a la problemática que no sea por la vía revolucionaria y, aun cuando la revolución, al triunfar, no traiga de manera directa e inmediata el desarrollo para estos países, ella aporta un factor de cambio universal en la medida en que provoca la desestabilización del mundo capitalista desarrollado. Este es el único camino a través del cual se podrán reorganizar las relaciones económicas y políticas mundiales. No hay otra vía para que el Tercer Mundo salga de ese cerco, de ese barranco en el que lo tiene metido el capitalismo desarrollado. Esa es la tendencia. Un cambio de esa envergadura en las relaciones económicas y políticas internacionales no fortalece al capitalismo, puesto que puede hacerse solo dentro del concepto de socialismo. Puede darse únicamente dentro de una estructura o un sistema que no tiene como motor central de su existencia y desarrollo la ganancia y el enriquecimiento, en un sistema que estructuralmente aporte una gran dosis de humanismo para la solución de los problemas, humanismo entendido no en el sentido de la bondad o de la piedad, sino en el sentido de la solidaridad con los intereses de la humanidad en su conjunto. No puede haber humanismo basado en la marginación de las dos terceras partes de la humanidad, eso es un contrasentido. Cuando ahora los políticos e ideólogos del mundo capitalista desarrollado, a los que se ha unido el foro de ciertos teóricos y políticos surgidos en el marco del movimiento de la Perestroika, nos predicán humanismo, lo primero que hay que preguntarles es a qué se refieren. Si alude nada más a un humanismo entre «nortños», que tienen mayor nivel de desarrollo, a un humanismo entre «blancos», entre «amarillos» (japoneses y los del sureste asiático) o a un humanismo que abarca a la humanidad entera.

Llegó el momento de pensar con cabeza propia

La primera conclusión es que no puede haber humanismo sin reflejar los intereses de la humanidad en su conjunto. Estos no solo se reflejan en el terreno del problema de la guerra y la paz. La posibilidad de la guerra nuclear es un problema pero cada vez irá siendo menos relevante. El humanismo tiene que ver con la disposición, la voluntad, la capacidad y la posibilidad estructural de resolver los problemas de la humanidad en su conjunto, de tal modo que la marginación del Tercer Mundo, de ese mundo pequeño que va en una cresta de desarrollo, de riqueza y de bienaventuranza no puede ser indefinida. Pensar de otro modo carecería de dialéctica y realismo. Esa tendencia va a explotar, está en contra de la lógica y de la naturaleza misma de las cosas. Adelantemos otra conclusión. En la historia, desde antes del siglo XVIII, sobre todo en América Latina, la teoría y las ideas avanzadas, progresistas, revolucionarias siempre vinieron de Europa. Los movimientos revolucionarios en todas las épocas en América Latina se nutrieron de la elaboración teórica, ideológica y política europea. Por ejemplo, en la lucha por la independencia de España, América Latina se alimentó del liberalismo europeo, de las ideas de la Revolución Francesa, de los pensadores franceses e ingleses. En este siglo, el movimiento revolucionario surgió bajo la gran influencia del marxismo y luego del marxismo-leninismo. Esta relación ha cambiado.

No se puede decir que ahora sea cierto, que sea correcto, afirmar que las ideas revolucionarias más avanzadas vienen de Europa. Así como se da la marginación económica, que al mismo tiempo es una contradicción entre el mundo capitalista desarrollado y del Tercer Mundo, así también es contradictorio el problema en el terreno teórico-ideológico. Las elaboraciones que están emanando de la crisis del socialismo no se corresponden con los intereses de nuestros pueblos, con la necesidad del desarrollo, ni con

el carácter revolucionario de la lucha en América Latina y de los pueblos del Tercer Mundo.

Copiar las elaboraciones teóricas de Europa socialista es un grave error en el que, sin embargo, ya empezaron a caer muchos intelectuales latinoamericanos revolucionarios. El eurocentrismo, como se le llama a este fenómeno histórico, parte de que Europa es el centro de donde emanan las «luces del saber», de la política, de la ideología. Esto ha dejado de ser un fenómeno positivo.

Llegó la hora en que debemos pensar con cabeza propia, elaborar nuestras concepciones a partir de nuestras realidades, con los instrumentos de la ciencia revolucionaria del marxismo, despojándola de todo el lastre dogmático que le echó encima ese modelo de socialismo que hoy está en crisis. Yo diría que vamos a un momento nuevo, de avances en la historia del pensamiento político-social en el que las «luces» no vendrán de Europa, sino que terminarán yendo del Tercer Mundo hacia allá, porque lo que allí está emanando, de ninguna manera favorece a que nuestros pueblos salgan de la marginación, por el contrario, los condena a la marginalidad. Me estoy refiriendo a la así llamada nueva mentalidad, generada por el proceso de la Perestroika y su enfoque de las relaciones internacionales, cuyos teóricos han pasado a sostener como tesis fundamentales las siguientes:

1. Que no existe el imperialismo. Realmente no se puede concebir nada más contrapuesto, como punto de partida para una convergencia en las opiniones, que decirnos a los latinoamericanos y al Tercer Mundo que el imperialismo ya no existe. Con esta tesis no podemos en absoluto estar de acuerdo.
2. Los sistemas sociales de la actualidad, el capitalismo y el socialismo (se refieren al capitalismo dependiente), no son confrontativos, solo luchan unos contra otros; no se oponen, sino convergen. Nosotros estamos viviendo otra realidad totalmente distinta a lo que pregonan esos teóricos. Ni siquiera dentro del

mismo capitalismo hay convergencia alguna entre el capitalismo desarrollado y el capitalismo dependiente, que está en crisis estructural profunda, y que es la causa y origen de todas las desgracias y atrasos de nuestros pueblos.

3. La tesis de la no violencia. El postulado de Marx de que la violencia es la «partera de la historia» ha sido abolida. Han pasado a predicar la no violencia; más todavía, dicen que la lucha de clases es un concepto equivocado, pasado de moda, inútil, que la lucha de clases no existe. Por supuesto que al analizar este problema de la lucha de clases, se concluye que hay que renovarlo porque no se trata de que en América Latina, en el Tercer Mundo, haya una lucha de clases del mismo estilo que teorizó Marx para la Europa de su tiempo. La lucha de clases en América Latina tiene ahora una gran dosis de antiimperialismo.
4. Las revoluciones ya no son viables. Esta nueva mentalidad que sostiene que las revoluciones ya no son posibles está siendo acogida y desarrollada por la propaganda imperialista burguesa. Es un instrumento de confusión, de apaciguamiento, de la lucha de nuestros pueblos. La así llamada *nueva mentalidad* tiene su origen en la necesidad de la Unión Soviética de salir de su crisis, en particular, de su crisis económica, que es muy profunda. Para ello la URSS debe ponerle fin a la carrera armamentista y quitarse de encima el peso de la fabricación de armamentos y el sostenimiento de un enorme aparato militar. Si no hace eso no podrá salir de la crisis.

Estas tesis de la nueva mentalidad, están al servicio de esa necesidad, pero esa no es nuestra necesidad. Solo coincide con nosotros en que para todos es importante que no haya guerra nuclear, como una condición del desarrollo y como una condición para nuestras propias luchas revolucionarias. Si estalla

una guerra mundial nuclear, todos los intereses y las luchas de nuestros pueblos pasan a tener una importancia insignificante. La vida se acabaría en gran parte del mundo. Coincidimos solo en este punto.

En el resto no coincidimos porque están al servicio del objetivo de darse espacio y tiempo para superar su crisis. Nosotros tenemos que pensar con cabeza propia y tener una opinión crítica sobre esa teorización y expresarla. Las relaciones nuestras con el mundo socialista ya no pueden ser las mismas. Necesitan tener una dosis crítica. Nosotros estamos convencidos de que estos aspectos de la nueva mentalidad, no solo nos hacen daño a nosotros sino que terminan haciéndoles daño a ellos mismos, les baja su defensa sobre todo moral frente al capitalismo y este, como resultado de la crisis del socialismo, es más fuerte que el socialismo. Nosotros tenemos que opinar y generar un debate fraterno alrededor de estas tesis.

Es curioso que cuando ese tipo de teóricos, y son los que predominan, hablan de su propio proceso, de lo que ocurre en Europa Oriental, lo califican como revolución; pero al mismo tiempo dicen que en otras partes no puede haber revoluciones. En otras palabras, nos están diciendo lo siguiente: el único escenario para revoluciones en el mundo es el socialismo; en el resto del mundo ya no puede haber revoluciones. Esta tesis puede estar en función de aliviarse de la carga de apoyar a las revoluciones, no solo a las que se encuentran en su etapa de la lucha por el poder, sino sobre todo a aquellas que están en el poder, porque es una carga muy grande. Lo que hace este «envoltorio ideológico» es generar una enorme confusión, porque en realidad eso no es verdad. Los teóricos dogmáticos del período anterior a la Perestroika sostenían equivocadamente que la única área del mundo donde no podía haber ni eran necesarias las revoluciones era en el socialismo, que las revoluciones eran propias de todo el resto del mundo. La vida ha demostrado que también en el socialismo puede haber revoluciones y que son necesarias como palancas del desarrollo, «locomotoras de la historia», tal como lla-

mó Marx a las revoluciones. Aquella era una simetría dogmática, una negación de la realidad. Ahora se cae en el dogma de que solo en el socialismo puede haber revoluciones y en el resto del mundo ya no, que no son viables, ni convenientes, ni aconsejables, que solo pueden estar con la revolución los «testarudos y atrasados», los que se aferran a viejas posiciones. Esto no es verdad.

Lo cierto es que ahora las revoluciones no se pueden impulsar, conducir, ni realizar con los viejos esquemas, ni viejos enfoques; nuestro arsenal teórico y político revolucionario debe renovarse. Eso sí, es cierto, y ese es el desafío que nosotros tenemos planteado.

La crisis estructural del llamado socialismo real

Alrededor de la naturaleza de la crisis del socialismo, en el movimiento revolucionario se discute mucho sobre si se trata de una crisis del modelo de socialismo, o de la crisis del sistema socialista, de una crisis estructural del socialismo o si ello implica una crisis de la teoría e ideología del socialismo, o si el socialismo está sepultado o no. Según lo vemos nosotros, el socialismo que está en crisis es el socialismo existente en una parte del mundo, el que se había dado en llamar *socialismo real*, y se trata de una crisis estructural de este, que abarca su economía, su sistema político y su ideología. Es necesario hacer una diferencia entre la teoría, la ideología y la política que ese socialismo concreto generó, y la teoría del socialismo tal como la elaboraron sus fundadores. Esto no quiere decir que la teoría del socialismo que elaboraron los fundadores del socialismo científico no necesite desarrollo. Lo que está en crisis y tiende a ser sepultado es ese tipo de socialismo que ha existido. Hay que decir que el capitalismo, así como todos los sistemas sociales anteriores, en ciertos momentos de su desarrollo arribó a crisis estructurales, con todas sus estructuras económicas, sociales, políticas, teóricas, ideológicas. Todos los sistemas sociales, históricamente, han estado sujetos a crisis estructurales que han constituido la

base material de la posibilidad de la transformación revolucionaria, del cambio de esos sistemas.

El capitalismo a lo largo de su historia ha sufrido varias crisis estructurales y cada una de ellas abre la posibilidad de un cambio revolucionario, de salida de esa crisis estructural hacia otra fase superior de desarrollo del mismo capitalismo. Todas las conmociones revolucionarias ocurridas en el capitalismo en el siglo pasado que culminan con la Comuna de París en 1871, tenían a la base la crisis estructural de una fase del desarrollo del capitalismo premonopolista, es decir, anterior al surgimiento de los monopolios. La revolución no pudo desembocar en el socialismo, la Comuna de París fue lo que más cerca estuvo de eso. Luego el capitalismo saltó a otra fase superior de su desarrollo, a la fase monopolista. En ella jugó un papel muy grande la conquista y la explotación colonial por los principales países capitalistas de Europa. Este fue uno de los factores principales que facilitó el desarrollo del capitalismo hacia una nueva fase, más alta, aunque no fue el único.

Quiero dejar claro que históricamente no es fatal que la salida a una crisis estructural pueda venir en una sola dirección. Siempre existen, en lo fundamental, dos direcciones: una, el cambio revolucionario del sistema; y, la otra, la consolidación del sistema pasando a una nueva fase superior de su desarrollo.

En el siglo actual, el capitalismo monopolista también entró en crisis estructural. Sobre la base de esa crisis vino la guerra mundial y la primera revolución socialista, la Revolución de Octubre en Rusia. La revolución solo triunfó en Rusia. Aunque hubo varios países que estuvieron muy cerca del triunfo revolucionario (Alemania, Hungría), el capitalismo logró superar los aspectos más gruesos de esa crisis. Sin embargo, como en estos países no se produjeron importantes cambios cuantitativos, en 1939, en un período más o menos corto, se desembocó en otra guerra mundial. Aunque en el marco de la guerra se produjeron nuevos desplazamientos de países hacia el socialismo, también el capitalismo pudo salir a una fase superior de su desarrollo, a lo que podríamos llamar el capitalismo

monopolista de Estado. A partir de esta fase el capitalismo se ha venido reestructurando, pasando a niveles más complejos de desarrollo, sobre todo a base de la asimilación de los avances científicos y tecnológicos posteriores a la guerra, la incorporación de ellos a la producción dando lugar a una nueva reestructuración que ha conducido el capitalismo transnacionalizado de nuestros días.

A pesar de que durante la guerra y los años siguientes, transitaron al socialismo o se apartaron del capitalismo, para decirlo más exactamente, países tan importantes como China, algunos de Asia, algunos de América Latina, como Cuba, y además se derrumbó el mundo colonial y el proceso de independencia de las colonias, el capitalismo pudo sobrevivir a esa crisis. Logró hacerlo sobre todo porque pudo asimilar los grandes progresos en el terreno de la revolución científico-técnica y se reorganizó sobre esa base. Para el imperialismo norteamericano, en particular, jugó un papel importantísimo su carrera armamentista que después se transformó en la causa de sus actuales problemas. Lo que yo quiero dejar sentado aquí es que la historia no es un tubo en el que los acontecimientos solo pueden ir «entubados» en una sola dirección sin tener otra salida. Esto es válido también para la crisis estructural, la cual puede tener varias salidas: 1) a una fase de mayor desarrollo del socialismo, de transformación y de renovación; y, 2) a diversas formas de regresión al capitalismo.

Dicho sea de paso, esto ha originado en el lenguaje de la Europa socialista actual y de la Perestroika conceptos políticos que para nosotros son confusos. Por ejemplo, la izquierda y los radicales en esos procesos son los que quieren volver al capitalismo; los conservadores son los que quieren conservar el socialismo. Dentro de ellos hay conservadores reales que quieren conservar, no el socialismo en general, sino aquel socialismo que hizo crisis, impidiendo su cambio; y los conservadores que quieren renovar el socialismo. Por supuesto que en esto no hay unanimidad. Para algunos, los que luchan políticamente por la renovación del socialismo son conservadores. Los reaccionarios para esa nueva nomenclatura política son ra-

dicales. Por ejemplo, un señor de nombre Afanasiev, que proclama abiertamente que la URSS debe ir al capitalismo, diputado del Congreso de Diputados Populares, es uno de los radicales principales y encabeza una fracción. Es decir, si están en juego varias posibilidades de salida de la crisis estructural. Se generan muchas confusiones. Ahora bien, la primera conclusión que hay que sacar es: si bien es cierto que la crisis de ese socialismo, o más exactamente de inserción en el capitalismo contemporáneo, no significa volver al capitalismo que había antes del socialismo, (este capitalismo ya no existe) sino salir de la crisis estructural del socialismo renovándolo y pasando a una etapa superior del sistema socialista, entonces, la tesis de que el socialismo ha muerto es falsa y hay que estar en guardia contra esa argumentación.

**Quieren matar nuestra utopía:
el socialismo no ha muerto ni morirá**

Cuando se habla de la muerte y el fin del socialismo, nos quieren meter «gato por liebre», nos quieren engañar, desarmar de la idea del socialismo, de la aspiración de ir a un sistema en el que no haya explotación del hombre por el hombre, en que haya libertad plena, humanismo. Nos quieren quitar la esperanza, que es un motor movilizador revolucionario. Los revolucionarios luchamos porque estamos convencidos de que nuestra causa es justa, pero también porque tenemos la esperanza de poder ir a un nuevo estadio de desarrollo en el que impere la justicia social, la libertad, ante lo que podríamos llamar la utopía. Sin eso no puede haber revolucionarios. No se explicaría por qué, aun cuando el sistema es tan poderoso y la posibilidad de la revolución es lejana, surgen los primeros núcleos de revolucionarios que se proponen cambiar el sistema, sin que para ellos se presente durante su vida la posibilidad de la revolución.

Los fundadores de nuestro Partido, hace 60 años, lo fundaron en unas condiciones difíciles, igual que lo hicieron

los revolucionarios en todas partes. Aparece un pequeño núcleo que se va desarrollando: ¿qué es lo que alimenta a ese núcleo? ¿Qué le paguen un buen salario para ser revolucionario? ¿Qué la revolución esté madura y es cosa del día siguiente y que por tanto no habrá que hacer muchos sacrificios como perder el trabajo, la libertad, ni convertirse en perseguido o ser asesinado? No, es utopía, es esperanza, es diseño del futuro. De eso nos quieren desarmar para dispersar al movimiento revolucionario, porque del desarrollo social surgirán nuevos revolucionarios porque la revolución sigue siendo una necesidad del desarrollo. Por eso es muy importante ponerle atención a eso y estar en guardia. La situación resulta muy complicada porque ese socialismo, que es el único que ha existido en la realidad, está en crisis. Entonces, en la discusión, en la polémica, nos ponen en una situación incómoda, difícil de sostener. Nos dicen: ¿Es ese socialismo el que ustedes quieren? Y resulta que realmente nosotros no queremos ese modelo de socialismo. Pero entonces, ¿qué queremos? Se nos plantea el problema que tenemos que diseñarlo con cabeza propia. Antes de que existiera la primera revolución socialista ya había esperanza del socialismo. El proyecto fue diseñado desde antes, sin que existiera todavía en la realidad una sociedad socialista. A nosotros ahora nos toca rediseñarlo. No hay que caer en la trampa de empezar a defender algo que es indefendible. Ese socialismo está en crisis y no deben buscarse pretextos para tratar de justificarlo. Claro que ese socialismo tiene aspectos defendibles, pero no hay que caer en esa trampa porque nos aísla, nos quita convicción y capacidad persuasiva para influir, para contagiar a la fuerza social necesaria e ir adelante con la revolución. Hecho este marco inicial, vamos a entrar en la crisis de ese socialismo real.

Ante todo se trata de la crisis del modelo de socialismo soviético, que fue copiado en sus rasgos fundamentales por los otros países socialistas. Por supuesto que hubo ciertas diferencias entre un país y otro. No es cierto que fuera exactamente lo mismo, pero en algunos rasgos fundamentales, esenciales, sí fue copiado. Encaminémonos,

en primer lugar, a examinar cómo es ese socialismo, cómo se generó, qué diferencia hay entre ese socialismo y el diseño que hicieron los fundadores de la teoría del socialismo científico, cómo se generó la crisis de ese socialismo, cuáles son sus causas y cuál es su posible desenvolvimiento.

En primer lugar, para Marx y Engels, fundadores de la teoría del socialismo científico, el socialismo constituye la continuación histórica del capitalismo: la preparación del socialismo se realiza en el marco del desarrollo del capitalismo. El socialismo, según Marx y Engels, llegaría primero a los países capitalistas desarrollados. En los últimos años de su vida, Marx empezó a estudiar lo que estaba pasando por entonces en Rusia, y expresó algunas ideas acerca de la situación en el mundo colonial, pero no llegó a formular variaciones esenciales sobre aquella tesis de que el socialismo se daría primero en los países capitalistas desarrollados.

Marx estudió el capitalismo del siglo pasado² en Europa, el anterior al aparecimiento de la fase imperialista del capitalismo, es decir, la fase de involucramiento del mundo entero en las redes de las relaciones capitalistas. Al profundizarse la etapa del imperialismo, ocurrió algo nuevo que Marx no previó del todo: la posibilidad de que el centro de la revolución social se desplazara de los países más desarrollados, centrales del capitalismo, hacia su zona periférica, es decir, hacia los países dependientes y coloniales, hacia los países atrasados.

La primera revolución socialista no se produjo en un país capitalista desarrollado. Se produjo en Rusia, que tenía un nivel de desarrollo capitalista incipiente en comparación con la Europa capitalista de esa época. Además, Rusia era un imperio que tenía bajo su dominio a una enorme cantidad de pueblos que llegaban hasta el Océano Pacífico. Abarcaba parte de Asia y en Europa alcanzaba hasta los linderos con Europa Occidental, incluyendo Finlandia, los países bálticos actuales, Polonia, y una enorme cantidad de pueblos hacia el sur. Se trataba de un imperio, no de cual

2 Se refiere al siglo XIX. [N. del E.].

quier país atrasado. La nación rusa era la más poderosa, dominaba a otras naciones en el Estado pro-ruso monárquico, con su rey (el Zar). El aparato estatal estaba construido y educado para dominar y aplastar cualquier resistencia de todos esos otros pueblos que estaban bajo su dominio.

Se trataba de un país multinacional donde, además del enfrentamiento entre las clases, había un enfrentamiento entre las naciones dominadas y el Estado imperial que en determinados momentos era incluso más impactante y determinante que el otro. En esas condiciones el socialismo tenía que resolver una cantidad de problemas muy complejos. Por otro lado, el escaso desarrollo capitalista no era parejo. La zona más desarrollada estaba en la parte europea de Rusia, hacia el sur y el oriente había niveles de desarrollo diversos dentro del mismo país ruso, y mucho más diferentes en relación con las otras naciones dominadas, donde había atraso feudal de tipo asiático, el cual era diferente del feudalismo del estilo europeo. En esta parte existían regiones donde había pueblos que incluso estaban en niveles de atraso anteriores al feudalismo. Entonces, era necesario construir el socialismo en un país cuyas condiciones no había previsto Marx, ni la ciencia del socialismo científico. Era una «jugada de la historia». El capitalismo, al transformarse en un sistema mundial, había que romperlo, como dice la sabiduría popular, por donde la «pita es más delgada», o sea, por el eslabón más débil de la cadena. Resultó que lo más débil de la cadena no estaba en los países capitalistas desarrollados. El escenario de la revolución mundial se trasladó a estas otras zonas. Hasta ahora la experiencia histórica no ha conocido que la revolución socialista se haya dado en un país del capitalismo desarrollado. El escenario de estas revoluciones está ubicado en lo que hoy llamamos Tercer Mundo, no en todo el Tercer Mundo desde luego, pero en sentido histórico, el Tercer Mundo es el escenario de las revoluciones socialistas.

En aquellos países de Europa donde había más desarrollo capitalista y, a finales de la Segunda Guerra Mundial, se instaló este, el socialismo no surgió de una revolución desde abajo, sino que, en gran medida, fue el resultado

del avance militar del Ejército Rojo, aunque en algunos países se combinó con una determinada cuota de lucha interna. Además, se dio el caso de que algunos de esos países donde llegó el socialismo eran aliados de Alemania fascista. Algunos de ellos, como Rumania, tenían tropas combatiendo en el frente bajo mando de jefes hitlerianos, y el ejército rumano, cuando vio que la guerra estaba perdida, le dio «vuelta a la chaqueta», para decirlo en lenguaje salvadoreño, y se pasó al otro bando. Así se produjo el cambio hacia el socialismo rumano. Fue eso lo que determinó que quedaran en pie una gran cantidad de oficiales y estructuras de ese viejo ejército, así como del viejo Estado monárquico, y el propio rey facilitó el viraje hacia el socialismo. Claro que la cuota de lucha revolucionaria fue distinta de un país a otro. Por ejemplo, en Bulgaria hubo un movimiento revolucionario armado combatiendo contra el fascismo. En Yugoslavia, hubo un poderoso movimiento revolucionario, el más destacado de todos. Ellos fueron los que realmente derrotaron a los fascistas. Por eso no es de extrañar que, desde los primeros años, los dirigentes de este país tuvieran conflictos con la dirección soviética y se negaran a copiar el modelo soviético. Pero bien, la primera revolución ocurrió en ese país. Hasta antes del triunfo de la revolución, Lenin, el guía principal, el jefe de esa revolución, y el teórico más destacado de ese siglo en el terreno del socialismo, confiaba en que las enormes desventajas de ser un país atrasado, imperial, multinacional y demás, pudieran ser compensadas por el triunfo de la revolución, por lo menos, en uno o dos países capitalistas europeos desarrollados.

Lenin confiaba que si la revolución triunfaba en Alemania o en algún otro país desarrollado, entonces este podría ayudar a un desarrollo más rápido de las fuerzas productivas, de la economía, de la cultura, del que se había visto en un país atrasado. Pero no triunfó la revolución en esos países, aunque estuvo muy cerca. Los bolcheviques en el poder quedaron al mando de ese enorme país. Después del triunfo de la revolución, los estados capitalistas desataron una tremenda guerra civil, organizaron la contrarre-

volución y ejércitos contrarrevolucionarios, cuyas tropas cercaron Moscú. A pesar de eso, los bolcheviques, apoyándose en la tremenda energía revolucionaria del pueblo trabajador, de los obreros y principalmente de los campesinos, construyeron sobre la marcha el Ejército Rojo, que combatió en una heroica guerra y terminó expulsando de lo que ahora es la Unión Soviética, a todos esos contrarrevolucionarios.

Al final de esa guerra la situación estaba definida: se habían desvanecido las posibilidades de triunfo de la revolución en otro país, había fracasado la revolución en Alemania y en Hungría, que era un país casi feudal. En otros países capitalistas desarrollados esa posibilidad no existía. Entonces fue cuando a la dirección revolucionaria de ese país se le planteó la necesidad de definir cómo construir el socialismo allí; así empezó el debate.

Fue una gran desgracia que Lenin haya muerto tan pronto; eso influyó, aunque no fue solo eso. Aún en vida, muchas de sus previsiones y orientaciones fundamentales sobre este tema no fueron tomadas en cuenta. Si hubiera vivido más tiempo hubiera podido terminar de desarrollar su pensamiento, su teoría, sus respuestas, ante esta situación nueva para la historia y la teoría. Se trataba de una revolución socialista por la naturaleza de las fuerzas que habían tomado el poder. Eran las fuerzas del socialismo, no solo por la participación de la clase obrera y los campesinos, sino sobre todo porque era el partido bolchevique quien las conducía.

Desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas aquel era un país atrasado, no era el escenario para el socialismo previsto por Marx y Engels. Lenin no alcanzó a desarrollar todo su pensamiento en ese sentido. Ya había elaborado bastante pero se quedó trunco y su enfermedad no le permitió influir directamente en la toma de decisiones para impulsar estas respuestas.

En esencia, el pensamiento de Lenin en ese sentido consistía en lo siguiente: «Se puede construir el socialismo pero tendrá que haber un tránsito más largo. No estamos en una situación en que del capitalismo se puede pasar

directamente al socialismo, porque en Rusia el capitalismo solo existe muy parcialmente. Por eso, bajo el poder revolucionario socialista, tenemos que impulsar con mayor velocidad el desarrollo del país, con tal de influir en la creación de las posibilidades para avanzar hacia el socialismo, tanto en sus estructuras económicas como sociales». La esencia de su diseño consistía en eso, lo cual quería decir que durante un período, que podía ser largo, continuaría habiendo capitalismo y era útil que hubiera formas de capitalismo. Incluso él concebía que era favorable atraer inversiones de capital extranjero, al cual se le pondrían ciertas limitaciones, condiciones para que ellas generaran beneficios sociales. Aquel era un país campesino. El campesinado es un germen, un pequeño empresario que quiere producir, vender sus cosechas, tener ganancias. Por tanto, había que partir con los campesinos y darles esas posibilidades de desarrollo.

Las relaciones entre Rusia y los países dominados por el imperio zarista debían reflejarse en la construcción del socialismo. En muchos de ellos, el tránsito tenía que ser largo y, frente a eso, había que ser muy flexibles. Además, Lenin empezó a prever que no era una casualidad el hecho de que la revolución socialista hubiera triunfado precisamente en un país atrasado. Él comenzó a vislumbrar que se trataba de todo un viraje de la historia humana en el que el destino de la humanidad iba a ser decidido en ese mundo atrasado, que hoy llamamos Tercer Mundo. Allí estaría el centro de la revolución mundial que iba a generar todo el cambio histórico. Lenin aprovechó el hecho de que dentro de Rusia hubiera tantas nacionalidades y hubiera existido un imperio, para ejemplarizar cómo se establecen nuevas relaciones, completamente distintas, entre una nación grande y las naciones que habían sido dominadas. Él desarrolló un pensamiento sobre eso y luchó contra las tendencias a atropellar los derechos de las naciones pequeñas.

En los últimos dos años de su vida, gran parte de los cuales estuvo enfermo, hizo un esfuerzo extraordinario dictando «pedacitos» a secretarios que se turnaban, lo de-

jaba de hacer y luego volvía a dictar otro pedacito. Durante mucho tiempo esas obras no se publicaron. En ellas advirtió que era inconveniente mantener a Stalin como secretario general del partido, pidió al congreso del partido, desde su cama de enfermo, que no lo eligieran de nuevo y señaló sus rasgos de autoritarismo, prepotencia, y carácter impositor, pero no le hicieron caso. Cuando ahora se habla de Lenin y se oye hablar de Lenin, tanto en la Unión Soviética como en los países socialistas, pareciera como si Lenin hubiera sido un gran «santo» al que nadie le discutía. Esa no era la realidad. Aquello se desarrollaba en medio de un gran enfrentamiento.

La verdad es que no triunfó su modelo, sino otro que configuró el socialismo que ahora está en crisis. Y no es casual que haya triunfado ese modelo que fue el motivo de los grandes debates de Lenin con Trotski. Aunque Trotski y Stalin estaban enfrentados ahora, en definitiva, ha quedado claro que realmente el realizador de las ideas de Trotski sobre el socialismo fue Stalin. Era un sistema autoritario visto no solo a la luz de las obras de Trotski, sino también a la luz de los debates en el Comité Central, de los artículos de prensa y de las conductas políticas del momento. Ahora bien, uno se pregunta: ¿podría ser la respuesta a la crisis el hecho de que aparecieron unas «personas malas» que arruinaron todo eso? Ésta sería una respuesta superficial, porque si no hubieran sido Stalin y Trotski pudieron haber sido otros. El hecho mismo de que Lenin, a pesar de su gran prestigio e influencia, no pudiera hacer prevalecer sus orientaciones nos indica que había algo más importante que tales o cuales personas que inclinaban las cosas en aquel rumbo.

Eso venía determinado por la situación del país, de su atraso, de su historia concreta, del hecho mismo que se haya librado esa gran guerra civil que engendró una polarización. Era necesario aplastar a la contrarrevolución, salvar la revolución y ser implacable. Se había vertido mucha sangre y mucha gente pedía castigo para los culpables. Sumado a todo eso el partido de la revolución, aunque tenía

una gran influencia, era pequeño y no pudo cambiar del todo el aparato del Estado.

En su obra *El Estado y la revolución*, Lenin estudió las opiniones de Marx y Engels, y llegó a sostener la tesis de que la revolución debía hacer pedazos al aparato del viejo Estado y cambiarlo totalmente. La revolución rusa no pudo hacer eso. Ello queda muy claro en las opiniones de Lenin posteriores a la guerra civil. Lo dice con toda la claridad: el aparato estatal era enorme y la revolución no pudo cambiar todo el ramaje de lo que era el Estado. Los revolucionarios tuvieron que gobernar con él, quitando solo a los más reaccionarios, a los que más se habían enfrentado con la revolución, pero en lo fundamental manteniéndolo. Ese aparato estatal se había formado a lo largo de siglos de imperio zarista, con hábitos de pensamientos y métodos autoritarios. Hay que tener en cuenta que ese país no tenía ningún antecedente democrático. En su larga historia había tenido los regímenes más autoritarios de Europa.

La revolución heredó un Estado que se regía con esos mismos métodos, aunque los revolucionarios lo sofrenaban un poco, pero el aparato estatal terminó tragándose también a la dirigencia revolucionaria. Así es que esos dos factores, la popularidad de la «mano dura» que, como una necesidad, engendra toda revolución en sus primeros momentos (así fue en la revolución francesa; pusieron a funcionar la guillotina para cortarle la cabeza a medio mundo y, por último, terminaron cortándosela entre los revolucionarios) y las tradiciones de la historia nacional, influyeron en los rasgos que adoptó ese modelo de socialismo.

Si la vanguardia no está consciente de esa tendencia a la «mano dura» puede hundir a la revolución en la dictadura. No cabe duda que aquella era la primera revolución socialista y era difícil tener claridad sobre todos esos aspectos. Esos dos factores, el de la tendencia a la dictadura con respaldo popular, y las tradiciones, la historia, la cultura política de Rusia sin antecedentes democráticos, incidieron y terminaron por imponer el modelo de socialismo autoritario. Es mentira que éste nació de la teoría y del diseño de Marx. No nació de la doctrina, ni de la teoría

del socialismo científico, ni del ideal del socialismo. Nació de ese terreno concreto.

Otra cosa distinta es que, después, los teóricos surgidos sobre ese terreno, nos hayan estado diciendo que eso era expresión pura de la ciencia socialista. Esa es otra cosa. La verdad histórica consiste en que ese modelo en crisis no tiene fundamentos en el socialismo científico. ¿Era inevitable que las cosas fueran de ese modo? No, con una vanguardia mucho más esclarecida que hubiera previsto eso, con un desarrollo de la teoría de la construcción del socialismo en un país de ese tipo, por supuesto que hubiera podido evitarse. Se hubiera podido tomar otro rumbo. En la historia social no existen cosas fatales e inevitables. Eso no es cierto. La lucha social y política es una lucha humana en la que influye mucho la voluntad, las ideas.

Cuando yo estoy diciendo que eso ocurrió porque existían estas condiciones no estoy tratando de justificarlo. Sería un error empezar a decir ahora que no podía ser de otra manera: ¿y cómo iban a desarrollar el socialismo? Pudo haber otra manera y hay que tener claridad que aquello fue un error. Es necesario entenderlo, no para hacer justicia o castigar históricamente a nadie, sino para sacar nuestra propia lección, porque nuestros países son atrasados y la revolución sigue teniendo como escenario esta parte del mundo.

Por eso, no es casual que eso mismo se repita en una serie de experiencias revolucionarias en el Tercer Mundo. Tenemos que estudiar esta experiencia de cara al futuro, sacar nuestras propias deducciones, lo cual implica la necesidad de elaborar más la teoría de la revolución y del socialismo en las condiciones nuestras. Con aquel modelo de socialismo que se impuso, se abrió una nueva etapa de socialismo sin democracia. Eso era como quitarle una parte del cuerpo, mutilar el diseño de socialismo de Marx y del mismo Lenin. Pero ese modelo de socialismo sin democracia fue el que se implantó.

De manera que la visión del socialismo de Lenin, y las anteriores a él, que estaban basadas en la idea de que el socialismo era el sistema más democrático de la historia

fue rota: socialismo y democracia fueron separados. Es importante tenerlo en cuenta porque uno de los retos más grandes que tenemos planteados ahora, teórica y prácticamente, es encontrar la manera de combinar, de volver a reunir, socialismo y democracia.

Además, a ese socialismo sin democracia, autoritario, se le imprimió un carácter estatista: había que fortalecer el Estado al extremo de que toda la propiedad de los medios de producción debía pasar a ser propiedad del Estado. Se llegó a establecer que propiedad del Estado era sinónimo de propiedad socialista y, por tanto, del socialismo, lo cual no es cierto. Desde el punto de vista de la misma teoría no es cierto que la única forma de propiedad socialista sea la del Estado. La teoría del socialismo lo que sostiene es que en el socialismo se pone fin a la propiedad privada, surge la propiedad social, pero dentro del concepto de propiedad social hay diversas formas de propiedad y no exclusivamente la estatal.

Marx, al desarrollar su teoría de la lucha de clases como motor de la historia en las sociedades divididas en clases, llegó a la conclusión de que la dictadura de la burguesía sería sustituida por la dictadura del proletariado. Pero sostenía también que esa dictadura del proletariado era la democracia más amplia que se había conocido hasta entonces, puesto que era el poder para las clases más amplias, más numerosas de la sociedad. En ese sentido era una democracia muy profunda, amplia. Era dictadura contra la minoría que quería volver a retroceder hacia el capitalismo, únicamente contra la burguesía que activamente luchaba por derribar a la revolución y volver al capitalismo y no contra la burguesía en general.

La llamaba dictadura del proletariado por oposición a la dictadura de la burguesía, que es dictadura porque, aunque tenga una forma aparentemente democrática de funcionar y hace elecciones, tiene una posición bien definida para mantener el dominio de sus intereses e impedir de cualquier modo, todo intento de cambiar el sistema, incluso derramando la sangre, cortando la cabeza, torturando, persiguiendo al pueblo. Marx ponía el acento en la dicta-

dura y no en la democracia para hablar de la dictadura burguesa, y ponía el acento en la dictadura del proletariado para subrayar que se trataba de un cambio esencial en la naturaleza y contenido del poder.

Esta concepción fue deformada. La clase obrera de la industria moderna en Rusia (el proletariado en el concepto de Marx) era pequeña aunque muy revolucionaria. Tenía poco peso social aunque mucho peso político. Entonces, la dictadura del proletariado no podía realizarse en la práctica bajo la forma de que fueran los proletarios los que pasaran a tener directamente bajo sus manos todo el poder y todo el aparato del Estado. Eso era imposible. De ahí derivó otra idea: la dictadura del proletariado tenía que ser la dictadura de su partido porque el partido representaba sus intereses. A eso se le agrega que durante el curso de la guerra civil en Rusia todos los partidos de izquierda se fueron transformando. Incluso aquellos con los que pactaron los bolcheviques, se pasaron al enemigo. Terminaron complotando contra el poder revolucionario junto a los militares reaccionarios y los ejércitos invasores pero fueron derrotados y nadie quería volver a oír hablar de ellos.

Resultó que, en la historia concreta de ese país, desaparecieron los otros partidos y solo quedó el «partido del proletariado». De esta manera se configuró el sistema político. Así se instaló el partido único, la falta de democracia y el monopolio del poder, quedando desnuda la dictadura sin que apareciera el carácter democrático que para Marx eran las dos caras de la misma medalla. Marx sostenía que la dictadura del proletariado iba a terminar con cualquier clase de dictadura y con el proletariado mismo como clase dominante, porque iba a debilitar al Estado y este desaparecería en el curso de la construcción del socialismo.

A diferencia de la dictadura de la burguesía que se fortalecía y se mantenía firme aferrada a sí misma, la dictadura del proletariado era otra cosa, implicaba una gran democracia que después de cumplir un papel en el período de transición se disolvía. Esto no resultó así, no solo por los errores, sino también por la historia misma, porque la revolución se realizó solo en ese país, la revolución fue cer-

cada, el país fue agredido, boicoteado y siempre asediado. En esas condiciones no se podía debilitar el Estado, había que fortalecerlo, reforzar el ejército, asegurar todo el aparato, todo lo cual incidió en aquella misma dirección.

De la etapa de la dictadura con apoyo popular, se fue pasando a otra etapa, se adoptó la decisión de construir el socialismo desde arriba y por la fuerza en todas partes. Rusia era un país mayoritariamente campesino y estos hacían resistencia a la colectivización, estaban aferrados a la idea de la propiedad individual. Entonces se rompió otro principio de la teoría del socialismo elaborada por Marx, y luego desarrollada por Lenin, de que el proceso de colectivización debía ser voluntario: debían convencer a los campesinos, no solo por la vía de la palabra y de los ofrecimientos, sino también demostrarles en la práctica que las unidades colectivas en la agricultura y ganadería se desarrollaban más y a los campesinos les podían dar mejor vida social que la parcela individual. Ese era un proceso largo. Engels, al hablar de eso, había dicho el siglo pasado que era posible que aún en Europa se tuviera que resolver el problema de la colectivización del campo a lo largo de varias generaciones y era necesario tener paciencia para eso. Esa era la tesis, porque de otro modo el campesinado no puede ser aliado del proletariado.

El campesinado se enfrenta a los intereses de la burguesía, sobre todo contra los que monopolizan e impiden resolver el problema de la tierra para el campesinado. Pero, en esencia, el campesinado es propietario y coincide con la burguesía en esto. Su aliado proletario no tiene propiedad privada. Su misión es acabar con ello. En eso choca con el campesinado. Pero ambas clases tienen un punto en común que es su lucha contra la gran burguesía dominante. El proletariado para ganar esa alianza tiene que hacer la cohesión, respetando ese interés de los campesinos y tener paciencia. Esa era también la tesis de Lenin, pero fue rota y hacia finales de los años veinte, el régimen encabezado por el grupo de Stalin impuso, mediante una represión durísima, la colectivización por la fuerza, de la misma manera en todas las nacionalidades, cualquiera que

fuera su grado de desarrollo, en contra de la tesis de Lenin que sostenía que se debía tener en cuenta el grado de desarrollo de cada nación, ser flexible y que no había que emparejar.

Desde luego eso trajo como consecuencia que aquella dictadura que había surgido con popularidad, la perdiera y se transformara en una dictadura colocada por encima y contra la base social, cuya inmensa mayoría era campesina. Eso llevó a que el Estado desarrollara los órganos de seguridad y de inteligencia, de la policía más que cualquier otro aparato, para poder controlar la situación, todo ello, por supuesto, en nombre del ideal socialista. Durante mucho tiempo esta parte de la historia se ocultó, pero fue cierta. Ninguna de esas cosas podía pasar impunemente en la historia.

Además, el carácter estatista de ese socialismo condujo a establecer una dirección de la economía absolutamente centralizada. En un comienzo estas medidas permitieron un rápido crecimiento económico. Vale la pena reconocer que en los primeros tiempos ese país tuvo un crecimiento económico espectacular. De país atrasado empezó a convertirse, a paso forzado, en un país industrial, poniendo el principal esfuerzo y sacrificio en la industria pesada. Esto se justificaba y tenía popularidad porque le permitía al país sobrevivir, defenderse de los enemigos que le rodeaban y lo acosaban por todos lados. No le vendían ni le compraban nada. Estaba aislado. El comercio con el capitalismo inició en 1958. Lo que había habido antes era insignificante y ocasional. El aislamiento los llevó a que, por ejemplo, si necesitaban hacer tractores para desarrollar la agricultura, había que hacerlos manualmente en fundiciones primitivas. No pudieron copiar las máquinas que existían en el desarrollo occidental y tuvieron que inventar sus propias máquinas muy primitivas. A pesar de toda esta crítica que estoy haciendo, hay que reconocer que eso fue una gran hazaña, con costos sociales pero que sacó al país del atraso y lo convirtió en una gran potencia. Estos logros, en parte considerables, compensaban aquellos otros costos, Stalin tenía mucha popularidad y por eso

cuando vino la Segunda Guerra Mundial y la agresión, se desarrolló una heroica resistencia, una heroica lucha que derrotó al fascismo.

De la Segunda Guerra surgió en la URSS un sector de la economía militar muy fuerte, que se había desarrollado sobre todo en los últimos años de la guerra. Al mismo tiempo, Estados Unidos salió con el monopolio de la bomba atómica e hizo una demostración de ella cuando ya no se necesitaba porque Japón había perdido sus ejércitos principales en Asia y estaba por rendirse. Sin embargo, Estados Unidos quería hacer esa demostración de poderío para imponer su hegemonía. Por eso lanza las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Estados Unidos, sin haber sido afectado por la guerra, surge muy poderoso militarmente, con mucho desarrollo en la industria militar y como el acreedor principal. Para la Unión Soviética se plantea el problema de la siguiente manera: para defender el socialismo era necesario romper ese monopolio del arma atómica, alcanzar paridad en el poderío nuclear. En caso contrario, el socialismo iba a ser agredido y sepultado tanto en la Unión Soviética como en los otros países que entraron al socialismo en Europa Oriental.

Así empezó otro período de ese régimen socialista en el que la industria militar pasó a tener una importancia muy grande. Los cuadros dirigentes de la industria militar se fueron convirtiendo, cada vez más, en los principales dirigentes del partido y del Estado. Además, en ese proceso, aunque toda la economía era del Estado, se creaban cada vez más ministerios. Hasta antes de la Perestroika llegó a haber más de ciento cuarenta Ministerios.

Como el Estado era el dueño, tenía que haber estructura para administrar esa propiedad y como la economía se fue haciendo más grande, más ramificada, fueron apareciendo más ministerios como el de la Industria, del Acero, de la Leche, de la Carne y otros. Eso implicó un crecimiento enorme del aparato del Estado, el cual necesitaba más y más funcionarios. Eso llevó al cambio de carácter del partido, ya que para garantizar la conducción socialista de

ese enorme aparato había que asegurar que estuviera en manos de los comunistas.

De este modo, el pequeño Partido Comunista revolucionario se fue transformando en un enorme partido de funcionarios, de burócratas, cuyo motivo para ingresar al partido no eran las ideas de la revolución, el sacrificio, sino hacerse funcionarios y tener los privilegios derivados de esto. Se llegó al extremo de que el partido, hasta antes de la Perestroika llegó a tener 21 millones de miembros, de los cuales 19 millones eran funcionarios. Para este partido las ideas de la revolución no eran las originales. Sus miembros sabían recitarlas pero no tenían ningún interés en desarrollarlas, ni en discutir las. No era una necesidad desarrollar la teoría, ni crear, ni diseñar. Lo que hacían era repetir y, por eso, la única cosa que podían hacer era consolidar y defender la naturaleza burocrática del partido. Así pues, el socialismo se convirtió en un socialismo burocrático y el partido en un partido burocrático. De allí surgen las tendencias a la corrupción. Por eso no pueden extrañarnos todas esas denuncias que han aparecido: el origen es ese, la separación del partido con el pueblo.

Por otra parte explica que la dirección centralizada de la economía se convirtió en un estorbo insalvable para el desarrollo científico técnico de la producción, contrariamente a lo que ocurría en el sector militar de la economía, donde era indispensable el desarrollo científico técnico. Este sector de la economía se dirigió con otros criterios, por eso no es casual que la Unión Soviética haya llegado a tener un equipamiento militar de alta tecnología y alto desarrollo. Tomó la delantera a todos en el dominio del desarrollo espacial. La URSS sigue siendo lo más avanzado en el mundo, bastante lejos de los norteamericanos.

En el desarrollo militar se invirtió lo mejor del pensamiento, de los recursos. La carrera armamentista tiene su propia lógica: primero, el objetivo era alcanzar la paridad para defender al socialismo; luego se buscó la superioridad y empezó a traspasar el lindero de la paridad. En el socialismo la carrera armamentista tiene un impacto económico

distinto que en el capitalismo, donde las armas se compran y se venden, forman parte del flujo de la economía, tienen un efecto en gran parte estimulante de la economía. En cambio, en el socialismo las armas no se compran ni se venden: son un sacrificio de la sociedad. El poderoso sector industrial en el socialismo fue consumiendo los principales recursos porque para el organismo de planificación la industria militar tenía la prioridad principal y se fueron debilitando sus servicios sociales que era lo atractivo del socialismo en la Unión Soviética.

Eso dio lugar a una estrategia mundial que incluía el apoyo a las revoluciones, sobre todo a las revoluciones triunfantes, a las cuales había que darle equipamiento militar para que se consolidaran y así pudieran debilitar el poder del imperialismo. Esa producción de armamento ayudó sin costo alguno a armar ejércitos en los países donde triunfaron las revoluciones, en algunos casos, ejércitos de varios cientos de miles de soldados, y no solo con fusiles, sino aviones, cohetes y demás, excepto con armas nucleares.

Esa orientación de la economía hizo crisis, creó un problema grave, la economía civil llegó a ser tan retrasada, en comparación con la economía capitalista, que no pudo absorber los avances científicos y técnicos. Aquellos logros que fueron asimilados en la industria militar se transformaron en secretos militares, no podían traspasarse a la economía civil. En la dirección del partido y del Estado llegaron a predominar los cuadros dirigentes de ese sector de la economía. Entonces, era un círculo vicioso. El poderío del estalinismo tuvo una primera crisis después de la muerte de Stalin en 1956. Luego vino el XX Congreso del Partido Comunista, en el que se denunció el culto a la personalidad y el carácter represivo del modelo. Parecía que se abriría un proceso de reformas y renovaciones, pero fue cortado.

A aquel enorme aparato del partido y del Estado no le convenía ese proceso: lo bloqueó y así dio origen a lo que ahora se llama el período del estancamiento, la época de

Breznev. En realidad era de estancamiento de la economía civil y del desarrollo social, porque en lo que se refiere a la industria militar era de un gran crecimiento. Es esto lo que termina rompiéndose. Claro, una vez que eso explota como una necesidad, entonces salen todos los males actuales y los antiguos. Entre las cosas que se están diciendo ahora hay un montón de inventos. No todo lo que se dice es cierto. Además, ha venido también una ola de revancha, de desquite, de los que fueron afectados. Al debilitarse ese centro del socialismo el estallido se produce en los países de Europa Oriental, sobre todo en aquellos donde no había una raíz profunda y un arraigo revolucionario propio.

Por eso no nos puede extrañar la rapidez, la velocidad de los acontecimientos, ni la debilidad de aquel modelo. Me refiero a los aparatos de poder. Por eso se produce esta crisis: ¿cuál es el carácter del fenómeno que está ocurriendo? Es una crisis, es cierto, si nosotros lo vemos desde el enfoque de las posibilidades de renovación, de reforma, de reestructuración del socialismo para completarse con un sistema en que se una el socialismo y la democracia, en el que se acaba con el estatismo, con el burocratismo, la corrupción, se separa al partido del Estado, al aparato del Estado de las empresas. Si nosotros lo vemos desde ese ángulo es un proceso positivo, en algunos casos han tenido lugar verdaderas revoluciones, tanto por su contenido como por su forma sobre todos los estallidos que ha habido en algunos países de Europa Oriental. Son como revoluciones democráticas dentro del socialismo, pero como no tienen una vanguardia socialista porque esta se desprestigió como consecuencia de aquel modelo, surge una tremenda confusión. Ahora la posibilidad de que el desarrollo del socialismo vaya en el sentido de superar la crisis estructural hacia una fase superior del socialismo, y no al regreso del capitalismo, requiere que en el curso de ese proceso se formen vanguardias capaces de conducir la energía social en esa dirección. Los partidos del socialismo estaban en el poder y se desprestigiaron. Esto genera la confusión y un período sumamente riesgoso en el cual los riesgos y las tendencias de ir al capitalismo, de

liquidar el socialismo, son fuertes, en algunos lugares más fuertes que en otros.

Ahora bien, el socialismo no ha sido desmontado. Desmontarlo estructuralmente es una tarea compleja, difícil, y cada vez que se va haciendo clara la intención de desmontarlo, la gente va cayendo en la cuenta, preocupada, de que se pueden pasar llevando sus propios intereses, o las ventajas que el socialismo, aún ese socialismo, les ha dado. Pero el proceso de reagrupamiento de las fuerzas del socialismo es muy complicado.

En la Unión Soviética estalló también el problema de las nacionalidades, el problema étnico. Los procedimientos que se emplearon durante todo ese período autoritario se distinguían poco de los utilizados por el imperio zarista, no en el contenido, sino en el terreno político, en los procedimientos, en los métodos. Los pueblos en la URSS siguieron bajo la cobertura del socialismo con carácter imperial. Eso tenía que hacer crisis y la hizo. Las cosas que hoy se producen en medio de todo eso, en parte, son verdaderas aberraciones. Se ha desatado la lucha religiosa, volvieron a renacer los viejos odios históricos entre pueblos, viejos enfrentamientos y guerras entre unos y otros. Hay gente interesada en reforzar el sentimiento nacional como un instrumento para destruir el socialismo. El imperialismo también aprovecha eso.

Sin embargo, sería un grave error creer que todo lo que está ocurriendo es el resultado de una gran conspiración del imperialismo, de la CIA, aunque en ese río revuelto, pesca, mete la mano y trata de influir. El origen no es ese. Nosotros debemos estar claros y no creer que todo eso es manejo de la CIA, de la contrarrevolución, porque entonces no estaríamos en condiciones de sacar ninguna lección, ni de aportar a la renovación, ni del socialismo, ni de nuestro Partido, ni de nuestra propia revolución, no podríamos meter nuestra revolución en el mundo de hoy.

El punto de partida es cómo ver esto, como conceptuar ese proceso. Poner un millón de gente en las calles, darle vuelta al poder en cuestión de días tan fácilmente no es una simple conspiración del imperialismo. No se trata de

que les dieron armas a los rumanos y por eso se alzaron. Las armas no son las causas de las revoluciones.

La explicación del imperialismo con respecto a nuestra revolución y a nuestra lucha consiste en que nos han estado llegando armas del extranjero. Esa es toda su explicación y, por supuesto, nosotros sabemos que esa tesis es falsa, que ha habido períodos en que nos hemos quedado casi sin tiros y nuestros compañeros se han inventado las armas populares para seguir peleando. Ese no es el problema. El problema de las armas es de importancia, pero las armas no son la causa del levantamiento, de las insurrecciones, ni de las revoluciones. Ha habido verdaderos levantamientos masivos, unos armados –como en el caso de Rumania donde hasta una parte del ejército se pasó al de los insurgentes–, y otros que no llegaron a ser armados pero fueron insurrecciones.

Ahora bien, de aquí podríamos sacar cierta ventaja a favor nuestra en el debate con el imperialismo: ¿en qué país capitalista ha bastado que salgan unas cuantas manifestaciones de cientos de miles de personas para que los capitalistas entreguen el poder? En ninguna parte. Hay que recordar a París en 1968, multitud de personas en las calles, el gobierno de De Gaulle sacó al ejército a la calle y, si allí no hubo una gran matanza, fue porque los manifestantes se replegaron, no pelearon. Si hubieran peleado hubiera habido una matanza terrible. A lo mejor les hubieran quitado las armas al ejército francés y lo hubieran fracturado pero no lo hicieron. Yo no quisiera calificar la actitud de los que salieron a la calle y luego se replegaron. El hecho de que en países como en Alemania y Checoslovaquia haya bastado que esas multitudes se manifestaran y pidieran que los comunistas salieran del gobierno porque se debía constituir un gobierno representativo, es un mérito de los comunistas que demuestra su humanismo y el carácter humanista del sistema. En Rumania fue distinto.

Los hechos han mostrado que, a pesar de que esa gente estaba en un régimen autoritario, allí la represión nunca llegó a tener el carácter que tuvo en Rusia. El sistema represor en Rumania era más al estilo de Europa Occidental,

menos bárbaro y el poder se entregó con relativa facilidad. Desde el punto de vista objetivo, esa fue una revolución con un gran peligro de contrarrevolución, por las condiciones, por las características de cómo se produjo, sin una vanguardia que se haya ido formando con carácter socialista, en condiciones en que los estímulos de la revolución y sus objetivos no eran atender las necesidades económicas, sino las de orden político, el sistema político, las libertades.

Claro que todos esos países, aún Alemania, en comparación con los países capitalistas de Europa están bastante atrasados, no tanto en lo referente a la producción para sus habitantes sino en cuanto a la tecnología y a la calidad de la producción, pero el problema del hambre no existió allí. Aún hoy, en Checoslovaquia las tiendas de comida están llenas, hay abundancia de víveres. Una característica de Checoslovaquia es que la socialización del campo no se hizo de manera forzada, tampoco en la República Democrática de Alemania (RDA) y la agricultura checa y la alemana son un éxito. Aquí empiezan a aparecer contradicciones con la teoría. La fuerza que más defiende al socialismo en Checoslovaquia son los campesinos de la agricultura socialista, no es la clase obrera, porque en Checoslovaquia el agro es un éxito y la industria no, es decir, que tampoco es pareja la situación.

El socialismo está en peligro, pero también existen las posibilidades de que supere esa crisis. Posiblemente habrá países que se desgajen en su carrera al capitalismo. La Perestroika no es una revolución. Se puede decir que los cambios tienen un carácter revolucionario, pero una cosa es decir que lo tengan y otra es que sea una revolución. Una revolución es un hecho social y político, viene de abajo, derriba el poder y lo cambia. Eso no ha ocurrido en la Unión Soviética; es más, en los primeros tiempos de la Perestroika el pueblo se comportó escépticamente y, desde arriba, Gorbachov durante más de dos años, llamaba sin recibir respuestas. Por lo tanto había un escepticismo muy grande. La ebullición de abajo y la lucha son más recién-

tes. Yo he criticado aquí la nueva mentalidad en materia de política exterior y he hablado de la relación pragmática entre esas tesis y los objetivos reales. No debe jugarse pues con los principios, con los valores de los pueblos solo por encubrir o justificar determinada política que es necesaria para su propio país, pero que no se corresponde con los intereses de los pueblos del mundo.

Ahora la Perestroika desarrolla un programa con otros aspectos. Poco a poco va acelerándose, porque surgió sin esa idea clara. Los planteamientos iniciales fueron superados rápidamente. Se cometieron errores y, en cierta medida, se siguen cometiendo y pueden ser graves para el futuro del socialismo. Se pusieron a cambiar todo de una sola vez, sin un plan bien meditado, sin eslabonar un paso con otro. En medio de esa gran confusión, se pusieron a hacer cambios simultáneos en todo y han generado una problemática grave.

Los actuales problemas que enfrenta la URSS no son exclusivamente consecuencia del pasado. No todos son problemas que existían ayer y que ahora se han destapado como muchos dicen. Una parte de esos problemas tiene origen en los años de Perestroika y otra viene de los problemas antiguos que han conducido a conflictos porque fueron mal manejados por la Perestroika. El problema de las nacionalidades es un ejemplo. Una vez que empezaron a hacerse todas esas reformas, en estos pueblos surgieron grandes esperanzas, expectativas de que se iban a corregir las injusticias, los malos métodos y las cosas viejas que estaban pendientes. Pero la dirección de la Perestroika subestimó eso y consideró que el problema nacional, o sea, el problema étnico, era un asunto de quinta o sexta importancia. Partían de que la prioridad iba a estar en otros terrenos y el problema nacional ya estaba tranquilo, que podría esperar un tiempo y ser lo último que se resolvería, pero resultó ser lo primero que necesitaba solución.

Eso puede llevar al hundimiento del socialismo, generar una guerra civil. Ya casi la ha generado en algunas regiones. Entonces, es cierto que había problemas acumulados

en lo que se refiere a la nacionalidad étnica, pero el hecho de haber despertado grandes expectativas y no haberlas satisfecho ha sido una motivación muy fuerte que ha exacerbado la lucha nacionalista para forzar a que se les oiga y se tomen las medidas. Algunos, como los de Lituania, han preferido considerar que es mejor irse, de lo que ellos estiman, es un imperio, en tanto no se resuelva nada. Así es como se ha generado este problema.

En el marco de la Perestroika hay antiguos problemas que se destaparon pero también hay nuevos generados por los errores de la conducción de este proceso, el cual está en debate. Se trata de una lucha nueva, esa gente no estuvo acostumbrada durante 70 años a la lucha política. Si uno pone la televisión, la radio, lee los periódicos de ahí, se lee cualquier barrabasada. Hay gente muy ingenua políticamente. Por ejemplo Yeltsin, un hombre de gran popularidad que llegó a Estados Unidos, fue a visitar la estatua de La Libertad y después declaró a los periodistas norteamericanos –que se rieron de él– de que era tres veces más libre. Una tontería. ¡Que había llegado a Estados Unidos a aprender democracia! Un país en que el sistema político es cada vez más impopular, donde cada vez menos gente vota en las elecciones que está haciendo crisis, que necesita cambios. Yeltsin llegó a decir que allí había ido a aprender. Se trata de gente políticamente ingenua porque no ha habido lucha política desde 1930. Durante los primeros trece años, desde 1917 hasta 1930, sí hubo una tremenda lucha. Luego desapareció y la gente hasta ahora está ejercitándose. Se publican imbecilidades tales como que en Estados Unidos no hay capitalismo, que lo que hay es socialismo, que es un país socialista. Entonces, no nos debe extrañar toda esa confusión que hay allí, es parte de ese mismo fenómeno.

Nuestro Partido conservará su nombre

Ahora quiero decir algo en relación a nuestro nombre. Copiando lo que pasa en Europa Occidental empezaron a sur-

gir voces, incluso de hermanos revolucionarios, que nos preguntan cuándo nos vamos a cambiar el nombre. Para despejar cualquier cosa sobre este punto, voy a dar a conocer la opinión de la dirección del Partido sobre eso. Nosotros no nos vamos a cambiar el nombre. Primero, porque nuestro nombre está unido a grandes luchas, a verdaderas hazañas, a mucha sangre derramada heroicamente en nuestro país por la causa de nuestro pueblo, por la causa de los ideales del comunismo y del socialismo de los cuales no pensamos separarnos. Segundo, porque consideramos que cambiarse de nombre es eludir el fondo de todos estos problemas, es como desligarse de estos problemas, correr a esconderse y decir: «No, nosotros no tenemos la culpa. Nosotros abjuramos de todo eso y somos otra cosa desde hoy en adelante». Eso es beaterío. Se parece al acto de ir a darse golpes de pecho para limpiarse de los pecados, ir a hacer unas cuantas oraciones ante los santos y luego volver a seguir cometiéndolos. Ese es un falso enfoque. Se dice que ese es un enfoque audaz, creativo. No es cierto. A medida que este marasmo de confusión se vaya aclarando, será evidente. ¡Cuánta falsedad hay en ese tipo de medidas y planteamientos!

Nosotros no podemos responder de los errores de quienes han conducido esos procesos socialistas. De lo que sí podemos responder es de nuestra credulidad durante un tiempo, y hay que decir que siempre fue relativa. Por supuesto que no lo debatíamos públicamente, pero hace rato teníamos una actitud crítica, aunque no integral. No hemos sido absoluta y totalmente crédulos. Quizás, si lo hubiéramos sido, los virajes que hemos dado hubiesen sido mucho más difíciles, ya que iban en contra de los dogmas y de los consejos de ese mundo. Podemos asumir solo el hecho de haber creído, de no haber sido suficientemente críticos, aunque sí lo hemos sido relativamente, sobre todo en los últimos años.

Cuando la Perestroika le da la espalda al Tercer Mundo, lo desaprobamos desde el mismo día en que eso nació. Se los dijimos a ellos por escrito a través de cartas. Cuando se celebró el 70 aniversario de la Revolución Bolchevique

en 1987 lo dijimos en público, frente a todos, en la reunión de partidos de distintas tendencias socialdemócratas, socialistas, comunistas y otras, que se realizó allí. Y lo hemos seguido diciendo, argumentando. Pero fuimos crédulos, contribuimos a difundir enfoques equivocados y educamos a muchos compañeros en una serie de enfoques erróneos. De eso sí podemos responder, pero no nos haremos responsables de los errores que ellos cometieron. Esa es responsabilidad de ellos. Claro que el imperialismo y su propaganda tratan de hacernos culpables a todos los que decimos que estamos por el socialismo, que somos comunistas. Quieren que nos caiga encima el mundo, que nos hundamos, que no quede nada. Ellos desearían convertirnos en cenizas e ir a dispersarlas sobre el mar.

Frente a eso nosotros debemos tener una actitud firme y revolucionaria. Debemos asumir la responsabilidad de nuestra conducta en la lucha revolucionaria en nuestro país. Allí hemos sabido responder. Hemos tenido la valentía de ser autocríticos, a veces retrasadamente, pero lo hemos hecho, y no una vez, sino varias veces, y hemos realizado los cambios y virajes que eran indispensables. El Partido Comunista de El Salvador con ese nombre ha venido luchando a lo largo de 60 años. Es la organización revolucionaria más antigua de El Salvador. Ha sobrevivido a muchos partidos de derecha que desaparecieron y nosotros, aunque fuimos perseguidos, combatidos, reprimidos, asesinados y torturados, aquí estamos, en pie, combatiendo vitalmente bajo ese nombre y seguiremos manteniendo nuestro nombre.

Estamos siendo acosados en relación a eso. No solo se trata de algunos hermanos que se nos acercan para decírnoslo, sino que hay una verdadera campaña contra nuestro Partido. Se nos está tratando de poner como una cosa aparte. En los últimos tiempos, casi todos los días en los principales periódicos de Estados Unidos, aparecen artículos sobre El Salvador y el FMLN, donde se trata de hacer una diferenciación acusando al Partido de ser duro, de no querer cambiar ni ponerse a tono con los tiempos actuales, con la Perestroika. Hay una campaña en contra

nuestra. Hasta podría llegar un momento en el que se exija, como parte del arreglo, prescindir de nosotros. No me extrañaría que se llegara a eso. Yo creo que si eso es así, si merecemos ese tratamiento del imperialismo, debemos estar orgullosos. Eso quiere decir que están enfrentados con nosotros.

Necesidad de nuevos enfoques

Ahora bien, de esto no debemos sacar la conclusión de que nos enconchamos, nos cerramos a lo que está pasando, de que no nos importa nada y todo está bien y sigue igual. No es cierto. Tenemos que crear, y yo voy a empezar a mencionar algunas tareas. En primer lugar, tenemos un gran desafío: reunir el socialismo y la democracia. Ese es un gran reto para nosotros y para nuestra revolución. Con ello aportaríamos en lo que podamos a la elaboración latinoamericana. No es fácil. Estos fenómenos se separaron históricamente. Tenemos que volver a estudiar todo esto, en parte buscar a los clásicos, a los teóricos fundadores. Pero tampoco podemos quedarnos allí en los antiguos enfoques. Tenemos que analizar la actualidad y sobre todo, el caso nuestro, nuestra revolución, tenemos que respondernos a preguntas en concreto: ¿por qué no hay democracia y qué quiere decir democracia en El Salvador?

No podemos quedarnos nada más en la cuestión de las libertades, en abstracto. Los Derechos Humanos son un asunto estructural. Tenemos que estudiar cómo es el Estado salvadoreño, por qué ese Estado no es democrático estructuralmente, en qué consiste y qué hay que desmontar para hacerlo democrático. En la propuesta que llevamos a San José en el último diálogo, hay mucha elaboración y una idea inicial sobre eso. Se habla de reformar la Constitución, el sistema judicial, pero aún nuestro planteamiento está insuficientemente desarrollado. Aunque en principio hay respuestas acerca de este punto, la cuestión de la democracia y la revolución es una forma más específica, es un problema clave. Las dos grandes revoluciones que se

han hecho en América Latina, la cubana y la nicaragüense, tuvieron como motivación principal la bandera de la democracia. La Revolución Cubana fue un alzamiento en contra de la dictadura de Batista, con las banderas de la democracia. Así llegó el socialismo. La Revolución Sandinista levantó esa misma bandera en la lucha contra la dictadura somocista. Si uno examina otros aspectos de la historia del proceso revolucionario en América Latina, se da cuenta de que esa es una constante. Ninguna revolución se ha hecho con la consigna de que hay hambre, con ese lema ha habido estallidos sociales pero no revoluciones. Los grandes acontecimientos revolucionarios en El Salvador durante estos 60 años, todos estuvieron vinculados a la lucha por la democracia, en 1944, 1960, 1972 y 1977. La guerra revolucionaria en que nosotros estamos tiene su origen en el planteamiento de que no se puede conseguir democracia ni justicia social en nuestro país por la vía política, dentro de la cual veníamos luchando durante años.

La lucha por la democracia es un asunto vital para la revolución y así debe ser comprendido. Lo nuevo consiste en que nosotros debemos entender que este no es un recurso, no es un truco para engañar, y decir que vamos a luchar por la democracia para después darle vuelta a las cosas e irnos al socialismo sin democracia. No. Se trata de que tenemos que percatarnos de la importancia que tiene la democracia, no solo como bandera para la revolución, sino también para incorporarla como algo esencial del modelo de sociedad que vamos a construir. El socialismo en América Latina no está planteado como el paso inmediato siguiente, el paso inmediato es la revolución democrática, que tiene un carácter antiimperialista y por eso también tiene un carácter nacional. No se limita al interés de una a dos clases sociales, sino que abarca el interés de una comunidad nacional mucho más amplia.

En América Latina el conflicto con el imperialismo está abarcando cada vez más a distintas clases sociales, incluso a gobiernos. No me refiero al conflicto revolucionario, sino al conflicto entre gobiernos. De allí, de ese terreno, es que ha surgido lo que llamamos latinoamericanismo.

Cada vez son más los gobiernos de América Latina que entran en contradicción. Otra cosa es que se trate de gobiernos inconsistentes, agudos, que no son capaces de llevar esta posición hasta sus últimas consecuencias, como se vio ahora con lo de Panamá. Pero si uno compara la posición de los gobiernos frente a Panamá y la posición, por ejemplo, frente a la invasión a Santo Domingo o frente a la Revolución Cubana, es bien distinta.

Esta cuestión de la democracia está vinculada al antiimperialismo, a la transformación social, a la posibilidad de victoria de la revolución, y está supeditada al futuro. Nosotros tenemos que resolver el problema de cómo integrarla estructuralmente para que acompañe todo el curso del proceso revolucionario que tenga contenidos sociales; que esté integrada a la causa de la revolución, primero, como motivación para la lucha, después, como parte esencial de la nueva sociedad. Así tenemos que verlo. En ese marco debemos elaborar cómo reunir democracia y socialismo. El socialismo no está planteado como algo inmediato. Lo que está a la orden del día es la revolución democrática, antiimperialista, pero sin duda es parte del mismo proceso hacia el socialismo. Nosotros, por tanto, tenemos que plantearnos el problema de cómo debe ser la transición, siguiendo los consejos leninistas de ver esto con la máxima flexibilidad, tratando de recoger nuestras propias características y tratando las condiciones del mundo actual.

Una peculiaridad de esa transición indudablemente es que, además de ser una revolución democrática, debe ser una revolución que no surja aislada y cercada, que se pueda insertar en el mundo actual, sin ser absorbida por el capitalismo, porque el país no podría desarrollarse aisladamente. Es imposible hacer progresar el país en las condiciones actuales aislado de este conjunto de relaciones internacionales.

Una de las características del mundo actual es que lo internacional y lo nacional tienen una relación más estructural e incluso orgánica, directa. Antes, cuando hacíamos los análisis de lo que pasaba en el mundo y cómo influía en la coyuntura de nuestro país, lo veíamos todo en términos de

influencia. Hoy no. Se trata de los pasos concretos, de que diversas fuerzas internacionales, en primer lugar el mismo Estados Unidos, intervienen dentro del proceso nacional, no solo en el sentido de apoyar a la dictadura, sino también influyendo en el proceso de las fuerzas democráticas, tratando también de modelar el proceso revolucionario. Y si hablamos en un sentido más general es evidente que las influencias y relaciones en el mundo actual son cada vez más estrechas, más directas, más estructurales y más orgánicas. O sea, en lo que está pasando hoy no solo se trata de un problema económico ni político, sino también de un problema ideológico.

Resulta que para ser admitido en el mundo civilizado –llamémosle así, porque así le llaman ellos a su mundo– uno tiene que renunciar a sus ideales, en buenas cuentas renunciar a la revolución. Pero eso es una manera de insertarse para que no cambie nada, o cambie muy poco. Cambiar muy poco para que no cambie nada, esa es la tesis del imperialismo ahora.

Tenemos planteado ese problema dentro de la transición, vinculado a la democracia del país. La transición, el carácter de la revolución, todo eso está vinculado a la negociación. Están de por medio las Naciones Unidas, los norteamericanos ahora tienen interés en la negociación, antes no lo tenían. Toda esa temática está relacionada con eso, con la manera en que se va a dar el desenlace de nuestro proceso revolucionario. De tal manera que no es cualquier temática, no es un asunto en abstracto ni general.

Otro aspecto es el del sujeto social de la revolución. Antes las llamábamos, fuerzas motrices de la revolución, pero desde hace tiempo lo hemos dejado de llamar así. Consideramos que desde allí hay un planteamiento falso. Preferimos hablar de sujeto social de la revolución, con ese apellido, porque sin ese apellido ya es otro asunto.

Aquí enfrentamos varios problemas, en primer lugar un problema conceptual. En el concepto de «fuerzas motrices de la revolución» partíamos del planteamiento de que hay clases revolucionarias, clases menos revolucionarias

y otras que no lo son. La experiencia muestra que eso no es así.

En primer lugar, nosotros decíamos que la clase obrera era la clase revolucionaria y la de vanguardia. ¿Dónde se ha comprobado eso? Hay una gran parte de obreros a los cuales hay que ganarlos para la revolución, que resultan excelentes revolucionarios. Si se hace un gran trabajo con el movimiento obrero se puede lograr que una gran parte, por lo menos la organizada, sea revolucionaria. Pero que la clase obrera por sí misma, librada a su propia suerte, por el solo hecho de ser clase obrera, sea revolucionaria, es mentira. No se ha probado ni en Europa capitalista desarrollada, ni en América Latina, ni en ninguna parte. En nuestra propia lucha de hoy, si vemos cuáles son las fuerzas incorporadas en la lucha revolucionaria, se demuestra que su procedencia clasista es muy variada.

Si uno analiza cuál es la composición clasista del sujeto que hizo la revolución en Cuba, del movimiento revolucionario cubano, esta es muy variada. Si analizamos a Nicaragua, también. Nosotros tenemos que recoger esa realidad, deshacernos de esta idea clasista. Eso mistifica y lleva a cometer errores: ¿cómo podría explicarse que tanto del lado de la revolución como de la contrarrevolución en El Salvador, haya obreros, campesinos, estudiantes, en los dos lados matándose a tiros? Es muy pobre ese concepto. Además, tiene otro defecto, que es lo principal: no subraya que de lo que se trata es de agrupar al sujeto social de la revolución, y que ese debe ser un trabajo de la vanguardia: agruparlo, politizarlo, revolucionarizarlo. Sin eso no se puede convertir en sujeto de la revolución.

Por eso digo que siempre debe tener el apellido la revolución. Desde luego, el examen sociológico tiene una gran importancia desde un punto de vista científico. Es necesario estudiar cómo está compuesta la sociedad, cómo es su composición clasista, hacer un buen estudio de eso para saber orientar nuestro trabajo. Pero eso todavía no le da el carácter revolucionario a nadie. El carácter revolucionario es una toma de conciencia y no ocurre espontáneamente, sino que es necesario que haya una vanguardia que reali-

ce un trabajo político y organizativo, verdaderamente sistemático, y una lucha correcta, que emplee métodos que sean capaces de llevar al agrupamiento de este sujeto que va a hacer la revolución. Nosotros nos pronunciamos por asumir ese sujeto, desligarlo de la fantasía del misticismo, de santificar de antemano a tales o cuales clases y ponerlas en tal posición; no es así. Debemos poner en su lugar el análisis científico sociológico así como el problema de los conceptos políticos, que es otro tema.

Además, hay que tomar en cuenta el movimiento del sujeto de la revolución. Cuando se está luchando por la toma del poder puede estar configurado de una determinada manera, con una composición clasista determinada, pero una vez en el poder, ya en la construcción del socialismo, hay cambios en la composición social de la sociedad y en las actitudes de los distintos sectores, se puede hacer un trabajo de educación revolucionaria, según sean los cambios. Es decir, que hay que ver este concepto en la dinámica del proceso revolucionario.

Otro problema, dictadura del proletariado. Nosotros creemos que no tiene sentido que sigamos utilizando el concepto que ya fue rellenado por la historia de un contenido equivocado. Mejor pongamos el acento en la otra cara de la misma medalla que es la democracia y su carácter. Hace tiempo que nosotros no mencionamos la dictadura del proletariado. Además, yo no recuerdo que hayamos planteado eso. Ninguna lucha en nuestro país se ha hecho con la bandera de construir la dictadura del proletariado. Si no lo hemos asumido, está claro que no debemos hacerlo, rebotaría, pues nadie va a respaldar esa consigna. ¿Para qué seguir cargando con ese cacaste viejo que solo nos trae problemas? Hay que deshacerse de eso y darle más profundidad a toda esa idea.

Quiero referirme al problema del partido, de la vanguardia, la hegemonía revolucionaria; el centralismo democrático, los estatutos, todo está vinculado.

Primero debemos rescatar las ideas de los clásicos del marxismoleninismo, sobre todo de Lenin, la idea central de que la vanguardia no es la que se llama así misma van-

guardia, ni la que se decreta como tal. Ella no puede ser motivo de ninguna ley, la vanguardia surge cuando las masas, el pueblo la reconoce como tal. Vanguardia es el que está a la vanguardia, no el que tiene un título. Es una condición, un carácter que debe refrendarse todos los días en la lucha diaria. Ni nace con ese título, ni lo mantiene desde que nace, ni es motivo de secreto, ni de pergaminos, ni de consignas. Se trata de algo tan importante y decisivo para el curso de la revolución, para su historia, que no se debe jugar con ella convirtiéndola en consigna. No podemos seguir diciendo que somos la vanguardia, cuando ya no lo somos. No puede ser. Hay que volver al enfoque clásico. Pero el problema no se queda ahí. Nosotros tenemos que desarrollar más a fondo la idea de cómo es la vanguardia revolucionaria, cuáles son sus métodos, su estilo, su vinculación con las masas. Estamos incorporando democracia a nuestros propósitos, a nuestros objetivos, a cómo cumplimos ese papel. Esto quiere decir que tenemos que darle prioridad absoluta a la vinculación con las masas, pues solo desde allí se puede cumplir ese proceso. En ese terreno nosotros debemos tener siempre una gran capacidad para innovar y desarrollar la creatividad. Las consignas juegan su papel. La elaboración de las consignas tiene que partir del conocimiento del pensamiento de las masas. Ellas deben lograr interpretarlas, moverlas, y desde allí forjar el poder de la revolución. Eso exige un cambio de mentalidad en una serie de cosas.

A lo anterior está unido el problema del centralismo democrático, que es un punto clave de la organización partidaria y de la formación de la vanguardia. Nosotros no proponemos abandonar este principio, sino ponerlo en su lugar, analizarlo de nuevo, a la luz de todos los nuevos acontecimientos, porque el centralismo democrático sirvió para estructurar el modelo de socialismo sin democracia. Eso tiene que ver con el Partido también. Se estableció que el principio del centralismo democrático no valía solo para el Partido, sino también para el Estado. De hecho, tanto en el Partido, como en el Estado se terminó solo en el centralismo, sin democracia. Nosotros, que hemos sido

educados en esa doctrina, tenemos bastante influencia de eso. Es necesario poner las cosas en su lugar. Pensamos que ese principio debe examinarse en varias situaciones.

Cuando se está luchando por el poder, es una situación, y cuando se tiene el poder, es otra. Cuando se está luchando por el poder, librando una guerra, es una situación diferente. En todas ellas hay ciertos ajustes que deben aplicarse a este principio. Si estamos en guerra es natural que haya cierta tendencia a mayor centralización, por la misma naturaleza de esta forma de lucha, pero debemos limitar los efectos de esa centralización a lo estrictamente necesario y esforzarnos por desarrollar formas de democracia en la vanguardia, en las fuerzas armadas del Partido. En el frente, lo más cercano a un concepto rígido de centralismo es el ejército, el mando único, el verticalismo de arriba para abajo, es centralizado y pudiera creerse que la democracia es totalmente incompatible con el ejército. Nosotros no hemos hecho experiencias parejas, ni con la suficiente conciencia en todas las estructuras de las Fuerzas Armadas de Liberación para mantenerlo como un principio que se debe ir profundizando.

Sin embargo, hemos hecho ensayos importantes que muestran que se puede compatibilizar el centralismo y la democracia, no solo con los miembros del Partido sino incluso en las unidades militares. Hemos realizado asambleas de combatientes donde se puede hablar, criticar a los jefes. En estas reuniones el jefe no es el jefe. Claro que esto requiere esfuerzos, los jefes aspiran a ser jefes en todas partes y que nadie les critique. Incluso hubo un tiempo en que el mismo Partido tenía un carácter militar, los jefes no querían estar en células junto con los combatientes, pretendían tener sus estructuras propias, lo que no puede ser, no solo porque debe haber derecho a opinar y criticar, sino porque es necesario asumir la convicción de que de eso deriva sabiduría, destreza para acertar y que eso enriquece la capacidad del Partido, de la vanguardia.

Cuando se empezaron a hacer esas asambleas de combatientes, inmediatamente sobresalió su gran virtud. El jefe está dirigiendo el combate. No se encuentra en la línea

de fuego. Los que están allí son los combatientes. Ellos se dan cuenta del efecto que causan las órdenes y saben si tal o cual orden fue acertada o hubiera sido mejor que la orden fuera otra. Es muy importante que tengan la capacidad, la posibilidad de expresarlo sin ningún temor, porque esto implica crítica a un jefe que se siente el héroe de la guerra, el gran estratega. Entonces si se puede hacer esa práctica en las estructuras militares: ¿por qué no se va a poder hacer en el Partido? Nosotros, en el Partido, tenemos que enriquecer la democracia. Debemos reconocer, como dirección, que somos responsables de que no se haya desarrollado suficientemente la democracia y que tenemos más tendencia al centralismo. En el Partido, aún en las condiciones de guerra, es necesario asegurar que para opinar, para escoger o cambiar a los dirigentes, para criticar, para participar en la elaboración de la línea del Partido, funcione más la democracia. El centralismo democrático debe dejar de ser rígido. Necesita registrar las situaciones y tender principalmente a que haya más democracia que centralismo. El centralismo hay que reducirlo a lo estrictamente necesario. No puede hacerse de la noche a la mañana. Es un esfuerzo que cuesta. Hay que discernir bien todo e ir incorporando un estilo, un enfoque que permita ir distinguiendo si es necesario mantener el centralismo.

La cuestión de la hegemonía de las fuerzas de la revolución, de la vanguardia revolucionaria, es también un problema de gran trascendencia. Me refiero a que al ir poniendo en marcha el desarrollo del proceso revolucionario, agrupando al sujeto de la revolución, se desata una gran lucha política. La vanguardia en realidad no puede llegar a ser vanguardia ni a capitanear la fuerza principal y suficiente para realizar la revolución, si no logra una hegemonía, si no desplaza de la fila de conducción a las fuerzas que no son capaces de llevar la revolución hasta el final. Esa es una lucha política ideológica que no puede hacerse ni con santería, ni solo con la idea de desplazamiento y derrota de otras fuerzas, apartándolas de la cabecera del movimiento. Ese es un enfoque anterior, es la hegemonía excluyente.

Nosotros tenemos que resolver el problema de la hegemonía de la revolución, del movimiento revolucionario. En caso contrario no se puede llegar hasta la revolución, ni llevar a las fuerzas sociales revolucionarias hasta la victoria. Es imposible consumir la revolución. Pero, al mismo tiempo, es indispensable cuidar que no sea excluyente, que mantenga el pluralismo y la capacidad de llevar a las fuerzas hasta la culminación de la revolución. Esto tiene que ver también con el tema de la democracia. Es un problema complicado porque es muy fácil meter zancadillas, acusar a los otros de que son contrarrevolucionarios, ponerles adjetivos, para apartarlos. Es necesario dejar a un lado el estilo de poner motes y desarrollar la capacidad de conducir, de ganarse el respeto y el prestigio ante las masas, para que nos sigan y, al mismo tiempo, poder llevar con nosotros a esas otras fuerzas que tienen coincidencia democrática y revolucionaria con nosotros. Se puede resolver ese problema solo con un profundo enraizamiento en las masas, cambiando el estilo, apoyándonos en ese arraigo, educando, modulando, influyendo y atrayendo a otras fuerzas, respetándolas y concertando las alianzas con ellos.

Hay muchas experiencias históricas pero yo quisiera aludir a una para ilustrar lo que estoy diciendo. En Alemania, en el período en que estaba ascendiendo el nazismo antes de la guerra, en el comienzo de los años treinta, los comunistas no fueron capaces de entenderse con los socialdemócratas, que tenían posiciones antifascista, y algunas discrepancias con los comunistas. Les pusieron el calificativo de social fascistas, lo que dio como resultado la imposibilidad de llegar a un entendimiento entre las dos fuerzas revolucionarias, populares, que conformaban los dos partidos obreros más grandes de Alemania. Como resultado de ello, no se pudo detener el ascenso del fascismo. Hitler subió entre otras cosas porque tuvo la facilidad de no tener enfrente a un bloque antifascista suficientemente fuerte, poderoso, enérgico y amplio. Los socialdemócratas en eso también tuvieron responsabilidad, es cierto, pero

debemos asumir las críticas y aceptar que los comunistas cometieron errores para que no se pudieran entender.

Ahora bien, esto volvió a ocurrir a principios de enero, cuando en el Berlín de la RDA aparecieron grupos neofascistas que pusieron rótulos ofensivos, mancharon el monumento al soldado soviético y pusieron rótulos en las ciudades a favor del fascismo. A pesar de la tremenda crisis que enfrentaba el Partido Socialista Unificado de Alemania, convocó a una manifestación y tuvo un tremendo éxito: arrastró a más de doscientas mil personas, sin usar los procedimientos a los que habían recurrido cuando estaban en el poder para mover a la gente, ni a presionar en las empresas para que asistieran, simplemente les llamaron a salir a la calle. A esa manifestación se unieron algunos partidos nuevos que están surgiendo en Alemania, entre ellos los socialdemócratas. ¿Qué pasó entonces? Cuando los comunistas vieron aquel montón de gente se envalentonaron y dijeron que seguían siendo un partido fuerte, y aunque los dirigentes invitaron a los otros partidos a participar en la tribuna, los comunistas que estaban ahí en la mesa no los dejaron hablar, al igual que hizo ARENA después de la ofensiva cuando no dejaron hablar a monseñor Gregorio Rosa Chávez en el mitin de la Peregrinación por la Paz y la Libertad.

Ese es el criterio rígido de hegemonía del cual hay que deshacerse, sin abandonar por ello la idea de que la hegemonía revolucionaria es necesaria, porque sin esta no se pudieran conducir fuerzas hacia la victoria de la revolución. El asunto está en que el carácter de este problema, el enfoque de esa idea, cambia sustancialmente. Los estatutos del Partido son otro problema. Nosotros hemos hecho una experiencia importante. Debemos asumirla como parte de nuestra formación teórica. Los Estatutos aparecen como una cuestión sagrada en nuestra experiencia y sobre todo durante los años de la guerra. Desde antes los Estatutos resultaron que en gran parte eran incompatibles con la lucha actual. No estaban pensados para esta lucha. Entonces, surgió la disyuntiva o se hacía la lucha o se cumplían los Estatutos.

Por supuesto, decidimos impulsar la lucha y aplicar lo que se pudiera de los Estatutos y lo que no se pudiera, ni hablar. Esto es importante. Nosotros debemos asumirlo expresamente y tener sobre esto una idea más dinámica. Tenemos que adaptar nuestras normas a la situación, a las necesidades de la lucha revolucionaria. Tampoco podemos ser arbitrarios. Adaptamos los estatutos, no los santificamos, mantenemos los principios fundamentales que están en la base de los estatutos, los perfeccionamos para que funcione el Partido y su organización y los adaptamos a la lucha. Un problema importante es el de la vía de la revolución. Nosotros pensamos a la luz de nuestra experiencia en América Latina, que ya debemos renunciar a la idea de contraponer «lucha armada» y «vía pacífica», deshacernos de la idea de dar un concepto reductivo a la vía de la revolución. De nuestra experiencia, así como de las revoluciones triunfantes en América Latina, se deduce que la vía de la revolución consiste en la aplicación simultánea de distintas formas de lucha combinándolas de manera inteligente.

Una forma, durante unos períodos, puede ser la principal y otras serlo en menor grado, pero que no se estancuen en esa combinación, sino que unas, que han sido principales en un período, dejan de serlo, y otras pasan a ser prioritarias y principales, en otro período. Hay que situar bien la cuestión de la lucha armada dentro de esa combinación simultánea en el que cambia el peso de unas y otras formas de lucha. Por lo general, una vez que se ha entablado la lucha armada revolucionaria esta tiene un papel de gran peso, y quitárselo es un grave error. Pero es un error mayor anular, rebajar y en algunos casos, hasta llegar a ignorar todas las demás formas de lucha, partiendo de que la lucha revolucionaria armada es decisiva. Eso perjudica las posibilidades de revolución y la debilita.

En el caso de nuestra lucha, la lucha armada y la electoral se contrapusieron en un período de la historia revolucionaria en nuestro país. Ello originó un gran debate y una gran confrontación entre las fuerzas revolucionarias. Debido a eso, a lo largo de diez años, cuando el enemigo ha

recorrido constantemente a elecciones para fortalecer sus posiciones políticas y atraer aliados, nosotros le dejamos totalmente libre ese terreno, partiendo de la tesis de que una y otra forma de lucha son totalmente incompatibles, porque surgieron opuestas en lucha y en polémica.

La vida, cada vez más, fue demostrando que no solo son compatibles, sino que es necesario buscar una combinación en otro terreno. En este momento, nosotros no podríamos atraer a una serie de aliados democráticos, aislar a nuestros enemigos, tanto al ejército como al gobierno, si no comprendiéramos que esos partidos y fuerzas políticas, tienen un interés electoral que hay que respetar, y que debemos aportar algo de nuestra parte para su interés electoral. Poco a poco se va abriendo paso una idea síntesis de que, tampoco en aquel período de los años setenta, era correcta esa confrontación absoluta y total entre lucha armada y lucha política.

No teníamos razón nosotros que librábamos la lucha política electoral, cuando acusábamos de izquierdismo a los compañeros que estaban en la lucha armada. Ellos no entendían la necesidad de la lucha política y nosotros no entendíamos las necesidades de la lucha armada. Tampoco tenían razón los compañeros de las otras organizaciones que nos acusaban de electoreros, que no entendían la importancia de esta lucha y levantaban solo la bandera de la lucha armada.

La lucha electoral aportó un gran volumen a la lucha armada. Una enorme cantidad de combatientes que pasaron por la experiencia de la lucha electoral, tomaron las armas una vez que esa lucha se agotó. Ahora de nuevo tenemos planteado el problema y tendremos que resolverlo. Si uno estudia los errores políticos del FMLN a lo largo de estos diez años, gran parte de ellos se han cometido y se han hecho evidentes a la hora de nuestra posición sobre las elecciones. Son los momentos en que hemos resultado más confrontados, aislados del resto de fuerzas políticas, y han sido aprovechados por el enemigo para tener un colchón a su alrededor. El problema de la vía de la revolución debe ser sometido a un análisis profundo, apoyándonos en nuestra

propia experiencia y deshaciéndonos de posiciones que en este caso no derivan de la crisis del socialismo, sino que derivan de nuestra propia inmadurez latinoamericana.

Es necesario analizar todo lo que tiene que ver con el tema de la toma del poder. El poder ahora está en debate. Hay quienes sostienen que hay que aspirar a una cuota de poder. Ese tema que parecía completamente claro, de nuevo está en discusión, la «nueva mentalidad» que ha generado la Perestroika también alimenta esa idea, con el enfoque de que la lucha por el poder engendra confrontación, violencia y que no es convivencia.

No se trata solo de las posiciones de la Perestroika, de la «nueva mentalidad», son posiciones también que van surgiendo en el seno de las fuerzas democráticas e incluso en el seno de las fuerzas revolucionarias, por lo que es necesario analizarlas e ir al fondo. No bastará en este debate que sigamos repitiendo que el poder es el problema central de toda revolución. Eso sigue siendo cierto. No planteo aquí nada que se pareciera darle la espalda a esa tesis. El asunto está en cómo en las condiciones actuales complejas, en que la vía de la revolución combina lucha armada, lucha política, negociación, en el momento en que debemos incorporar democracia, negociación, pluralismo, nuestro diseño se relaciona con la lucha por la toma del poder, y en qué consiste esto. Porque resulta que hay dos poderes en un mismo régimen, un poder permanente que está formado por el ejército, la policía, el sistema judicial, el aparato del Estado, y otro poder temporal que está sujeto a elecciones y a cambios periódicos, el poder ejecutivo, el legislativo, los diputados, los alcaldes.

Sobre los resultados electorales en Nicaragua

Hay un gran debate que está en las calles, en la plaza pública, donde la gente está opinando el Frente ha hecho su Asamblea, presentando un planteamiento. Ha surgido la idea, entre las masas sandinistas, de que no debe entregarse el poder popular, de que el Ejército, el Ministerio del

Interior, no deben ser disueltos, que la «contra» sí debe ser disuelta y desarmada. Es la idea de la defensa de las conquistas y el concepto del poder desde abajo, gobernar desde abajo. Todo esto está en desarrollo y no quisiera entrar a opinar ahora, pues sería meterse en un proceso que se está ventilando.

El FSLN, a pesar de haber recibido ese revés, ha surgido como la fuerza única principalmente si se considera que la Unión Nacional Opositora es una fuerza heterogénea, pegada con dólares y chicles. El Frente Sandinista es una fuerza grande. La gran virtud de la campaña electoral es que convirtió al Frente en un cuerpo más organizado y activo. Ese es un fenómeno nuevo. Yo diría que los votos que obtuvo el Frente realmente los movilizó durante la campaña y que esta le dio una organización, una estructura hasta la base. Es muy importante que ese poder se mantenga cohesionado. Seguramente, el Frente Sandinista estará haciendo un balance crítico y autocrítico, que a lo mejor derive en la necesidad de cambios. Pero es importante que todo eso ocurra sin que haya fraccionamiento, porque entonces el poder revolucionario se debilitaría mucho más. Ya el revés electoral minará una parte importante de ese poder. Le quitó el gobierno, que es uno de sus instrumentos. Si pierde el poder permanente, que es lo que está en juego, sería más debilitante y retrocedería. Eso dependería en gran medida de que mantenga su cohesión.

Por eso, hacer un análisis crítico no sería oportuno. Algunas cosas sí quiero decir. Nosotros opinamos que el problema de la paz al final jugó un papel negativo, que influyó en decidir el voto de una parte importante de la gente. La paz se transformó en la consigna central de la campaña, pero los yanquis, con mucha claridad y agudeza, mantuvieron una posición dura hasta el último día. Primero, pusieron en duda que pudieran reconocer la victoria del Frente Sandinista, diciendo que no les bastaba la opinión de los observadores. Segundo, que aunque llegaran a aceptar que las elecciones eran honestas, no normalizarían las relaciones con el gobierno sandinista si no cumplían otras condiciones, que tendrían que observarlo durante un tiem-

po para ver si realmente, a juicio de ellos, era un gobierno democrático, y que rompieran sus relaciones con el FMLN y con otros movimientos.

¿Cuál era el mensaje que ellos querían dar? Que no habría paz mientras estuvieran los sandinistas en el poder y ese mensaje debe haber captado una gran cantidad de gente indecisa, personas políticamente no comprometidas que deben haber hecho una ecuación muy simple: realmente queremos paz, con el FSLN los norteamericanos no permitirán paz. Entonces, hay que votar por la UNO, porque así sí va a haber paz. Además, la señora Violeta Barrios ofreció abolir la Ley del Servicio Militar Patriótico. Nos parece que ese criterio influyó bastante, también influyó el problema económico. Es indudable que los problemas económicos influyen, pero no nos parecería correcto absolutizar eso, porque eso significaría aceptar que muy difícilmente cualquier revolución se sostendría en el poder. Generalmente las revoluciones, y sobre todo las que se ven sometidas a acoso, agresión, aislamiento, bloqueo, enfrentan serios problemas económicos, enfrentan hambre y otras penurias. Pero si logran hacer un trabajo político profundo, incorporar a las masas a la lucha por la solución de las dificultades económicas para que cada uno haga lo que pueda, esos problemas se transforman en fuente de la fe que no genera posición contraria a la revolución, sino que la consolidan.

Voy a poner un ejemplo histórico en que se destaca un gran mérito. Rusia había participado antes de la revolución, en la Primera Guerra Mundial. El Zar envió 11 millones de soldados reclutados por la fuerza en el campo a pelear al lado de la alianza Francia e Inglaterra en contra de Alemania. Ese ejército empezó a ser derrotado y ese gran esfuerzo le causó al país una crisis económica terrible, hubo una hambruna espantosa. Luego vino el triunfo de la revolución, se desorganizó toda la economía e inmediatamente, después vino la guerra civil y entonces hubo un hambre pavorosa. Ese país estaba sometido a una invasión de los ejércitos de diez potencias, por todos lados, por Oriente, por Occidente, por el Sur, y al lanzamiento de los

oficiales del ejército zarista, armados por el imperialismo. En medio de esa gran hambruna, la gente pudo formar su ejército revolucionario, combatir y alcanzar la victoria. El caso de la Revolución Cubana es otro ejemplo, en los primeros años hubo mucha hambre también. Quiere decir que el factor económico no se puede absolutizar.

Por eso tiene una gran importancia que el FSLN haya salido como una fuerza política de masas, lo acaba de demostrar esa manifestación que hubo ayer. Esa concentración prácticamente fue sin convocatoria, y estoy seguro que el 99% de todas esas personas están sufriendo problemas económicos tremendos, es gente del pueblo. Entonces, la cuestión de las dificultades económicas solo puede aprovecharse como un factor que inclina la balanza ligada al factor político, a la influencia y al trabajo político, y a la capacidad de hacer entender y de incorporar a la gente al trabajo para contrarrestar y resolver los problemas económicos. Es indudable que para el Frente Sandinista esta ha sido una experiencia muy grande. Ellos se han esforzado por unir la revolución y democracia pluralista, pero bajo una presión muy grande del imperialismo que hay que tener en cuenta. Ha sido un revés, pero la revolución existe, tiene poder y sobre todo fuerza popular. Esa plataforma que acordó la Asamblea del FSLN, es correcta, es oportuna, sitúa bien los problemas y sirve para movilizar una fuerza popular muy grande.



INSTITUTO SCHAFIK HÁNDAL